DIANA DE BREA



DESTINO Budapest

LAS HISTORIAS DE LADY ROSE

Destino: Budapest

Serie Destino

Las historias de Lady Rose

por Diana de Brea

Derechos de autor de @DianadeBrea 2025, octubre
Maquetación: Diana de Brea
Cubierta: Diana de Brea
Corrección: Laila R. M.

Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970)

¿Por qué *las historias de Lady Rose*?

Antes de empezar, por si es la primera vez que lees esta serie, te quiero explicar la razón de esta especie de seudónimo con el que publico una serie de historias cortas. La colección *Historias de Lady Rose* nació durante un bloqueo creativo con otra de mis novelas de romance *feelgood*.

Empecé a escribir una historia contemporánea en una de mis ciudades románticas preferidas en un tono que no me cuadraba tanto con mi estilo habitual. Por eso creé a esta autora ficticia que te contará más historias en diferentes ubicaciones. Por algo Lady Rose es la reina de la novela romántica, como dice Marta, la protagonista de *Destino: Nueva York* (la primera de la serie), en uno de los capítulos.

Muchos autores clásicos, en literatura y música, acostumbraban a sacar obras cortas alternando con las largas (como Cervantes sin ir más lejos). Como ves no es algo raro y sí divertido y estimulante para las que la creatividad es la base de nuestra profesión.

Así, Lady Rose es mi nombre ficticio de autora bajo las que aglutino estas historias cortas que te sirvan de paréntesis, que te entretengan y te evadan en momentos en los que solo necesites transportarte a otro lugar y dejarte llevar por los sentimientos que la novela provoque en ti. Lo que en música llaman un *divertimento*.

Espero que esta serie de historias cortas sea refrescante para ti tanto como lo es para mí.

Como siempre, con amor,

Diana de Brea
Alías, Lady Rose

Nota de la autora

Con *Destino: Budapest* Lady Rose se cuela como mentora de L. M. Dickinson, una autora española que escribe bajo seudónimo y que nadie, salvo ella y su editora conocen.

Si has leído las anteriores historias de la serie, ya habrás visto que suelen ir ligadas por las amistades de los personajes femeninos (no

en todas) y por el cameo de Lady Rose. En *Destino: Budapest* le da el contrapunto a Lola, la escritora oculta cuando necesita de su consejo y apoyo. Te recuerdo que todas estas novelas cortas son todas autoconlcusivas y no tiene orden de lectura.

Lola viaja a Budapest sin sus amigas, que en el último momento la dejan colgada. Se traga su excesiva timidez para enfrentarse a un viaje sola por primera vez en su vida. Allí conoce a Guillermo, al que todos llaman Billy, un guía turístico con mucho desparpajo cuyo sueño incumplido era actuar en el Club de la Comedia.

En pleno viaje Lola recibe una llamada de su editora que le cambiará la vida. Y a Billy tambien.

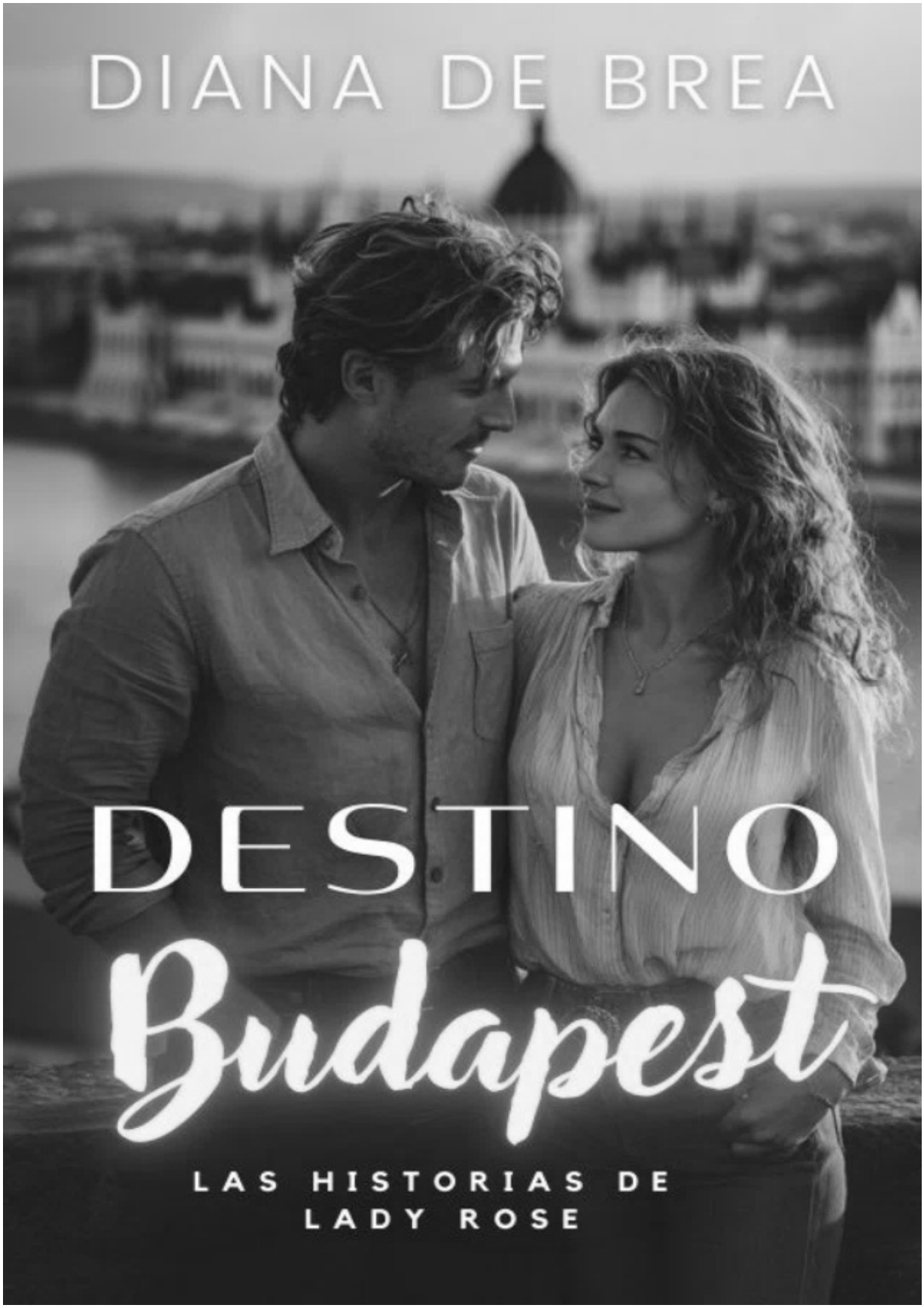
En este QR tienes el enlace a todas las novelettes de la serie por si prefieres leerlas en orden, aunque, insisto, que no es necesario.

Gracias, como siempre, por leer mis historias.

índice

¿Por qué las historias de Lady Rose?
Nota de la autora
Capítulo 1
Lola
Capítulo 2
Lola
Capítulo 3
Lola
Capítulo 4
Billy
Capítulo 5
Lola
Capítulo 6
Lola
Capítulo 7
Billy
Capítulo 8
Lola
Capítulo 9
Billy
Capítulo 10
Lola
Capítulo 11
Billy
Capítulo 12
Lola
Capítulo 13
Billy
Capítulo 14
Lola

Capítulo 15
Billy
Capítulo 16
Lola
Capítulo 17
Billy
Capítulo 18
Lola
Epílogo
Lola


DIANA DE BREA
DESTINO
Budapest
LAS HISTORIAS DE
LADY ROSE

Destino Budapest

CAPÍTULO 1

Lola

Lo primero que noto al salir del aeropuerto es el calor.

Quizá no sea un calor agobiante como el de agosto en el centro de España, pero sí el tipo de bochorno de las ciudades europeas en verano, pegajoso y lleno de turistas. Me abro un poco la camisa de lino y busco, entre los carteles que cuelgan del techo, el camino que me lleve a la parada de taxis, sin prisa. Tengo todo el tiempo del mundo y nadie que me atosigue. Ventajas de viajar sola que voy descubriendo poco a poco.

Me siento extraña, como si disfrutara de unas vacaciones robadas, de una libertad que no pedí, pero que se me ha pegado a la piel desde que salí del aeropuerto de Madrid. Sola y con un cambio de planes que casi hizo que me quedara en casa. Porque este era un viaje en grupo que se torció en el último momento.

Mis amigas no han venido. Increíble. Aún no me lo creo. Después de meses preparando esta escapada y Berta se ha quedado por trabajo —el insufrible de su jefe le cambió las vacaciones—, Asun, que rompió son su novio cinco días antes, decidió a última hora que un viaje de chicas no encajaba en sus planes de julio y Leti, porque ingresaron a su madre hace una semana. Así que, por primera vez en mi vida, viajo sola.

Y no sé si estoy huyendo de mí misma o encontrándome por el camino.

Me di mil y una razones para no hacerlo, y otras tantas para lanzarme a la aventura, desde el dinero que perdía si cancelaba, hasta la oportunidad de retarme a mí misma y a la excesiva timidez que me acompaña desde niña. Pensé que lo peor que puede pasar es que no salga de la habitación del hotel más que para comer. Así que me lancé sin darle más vueltas, o corría el peligro de autoconvencerme de quedarme en Madrid.

El taxista es un húngaro que chapucea un inglés bastante básico. Creo que me habla de restaurantes a los que ir, creo, porque no le entiendo. En su parlamento me parece oír algo sobre Torrevieja y la playa, que estuvo hace unos meses. Por fin llegamos al destino y deseo en el fondo de mi alma que el resto de personas con las que me cruce no sean tan habladoras. Aunque, bien pensado, mejor que hablen los demás a que me hagan hacerlo a mí.

El hotel está en una calle estrecha del barrio judío. Es pintoresca, con sabor a película de los años cincuenta. Las fachadas son antiguas, las ventanas están cubiertas por cortinas de encaje, y veo más de un buzón oxidado. Me recibe una recepcionista que me da la llave con una sonrisa educada, sin observarme demasiado, lo cual agradezco. Hay días en los que me apetece desaparecer y ahora mismo solo quiero ser una viajera más.

Suelto la maleta sobre la cama, abro las cortinas y dejo que la luz de la tarde inunde la habitación. Me tumbo un instante sin deshacer nada, con la ropa y los zapatos puestos. A pesar de los nervios, siento el corazón latiendo muy despacio, y respiro como me enseñaron en yoga, tratando acompasar mi cuerpo al ritmo de esta ciudad desconocida. No puedo permitir que la incertidumbre y el miedo a lo desconocido me saboteen las vacaciones.

Miro por el hueco de la ventana y pienso en él. No en un *él* concreto. En todos los *él* a los que les he escrito en mis novelas sin que lo supieran. En los chicos que inspiraron a mis personajes y los

que rompieron mi voz antes de tiempo. Mi imaginación va más deprisa que mi cuerpo, que no se mueve, mientras con la mente viajo a un Budapest que todavía no conozco. Pienso cuántas historias de amor esconderán las paredes de esta ciudad tan romántica.

El móvil vibra en el bolsillo de mis vaqueros; lo saco con una sonrisa en los labios al ver que se trata de un mensaje de mi mentora y autora favorita, Lady Rose, quien, para ser escritora, solo me manda tres palabras:

«Vive, disfruta y observa».

Sonrío. Ella siempre sabe lo que tiene que decir. Parece que esté viéndome desde su apartamento de Nueva York.

Decido que ya es hora de arrancar y nada mejor que empezar por una ducha que me quite el cansancio del viaje. Escojo un vestido ligero, me recojo el pelo en una coleta alta que alivie del calor y, en los pies, unas sandalias planas. Antes de salir a cenar, repaso el plan de viaje que ideé con mis amigas. He hecho algún cambio. Como no me apetece descubrir sola la ciudad, he reservado varios *free tours* y me haré pasar por una turista más. Mañana tengo dos: por la mañana uno por la zona del Parlamento y por la noche el de los r*uin bars*. Nunca he estado en ninguno. Dicen que son bares escondidos en edificios en ruinas, con luces de feria, música indie y paredes que albergan historias ocultas, sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial. Siento que es el lugar perfecto para esconderme entre el gentío sin tener que ir sola a lugares que no conozco.

Cuando estoy lista, hago un video de la habitación para las chicas. Hay dos camas de cuerpo y medio, con sábanas blancas y cojines mullidos de color ocre, el mismo que las cortinas. Un escritorio pequeño en una esquina que miro de reojo, porque no pienso trabajar ni un minuto, y un baño amplio con una ducha el doble de grande que la de mi casa. Un lujo para mí sola al que no estoy acostumbrada. Lo envío al grupo de *las intrépidas* con el mensaje:

«Primeras imágenes de lo que os estáis perdiendo». No me quedo a leer sus respuestas.

Salgo a la calle con el bolso cruzado y la mente medio en calma. Voy a cenar a un café librería cercano al hotel que tiene muy buenas referencias. Camino despacio, saboreando el ambiente y sorprendida porque no siento nada de ansiedad, como esperaba. Esta ciudad tiene algo que se pega al alma como el eco de un recuerdo que nunca has vivido.

No pasa nada porque viaje sola, no pasa nada por tratar de ahogar mi timidez y dejar que salga la Lola que quiere disfrutar, no pasa nada porque viva en primera persona y no a través de mis personajes. No, me repito, no pasa nada porque me deje ser, libre y sin prejuicios de ningún tipo.

«Deja que las cosas pasen, que la vida suceda», me digo como si lo pusiera en boca de un personaje.

Pensar que, tal vez, la rajada de mis amigas haya sido un juego del destino es una idea que me hace sonreír.

CAPÍTULO 2
Lola

El primer pensamiento que tengo al despertar es haber dormido bien. No me lo esperaba. Siempre me cuesta conciliar el sueño en un lugar nuevo, con la mente acelerada y el cuerpo alerta. Pero anoche, después de cenar sola entre libros, caí rendida en la cama como si el silencio de esta ciudad desconocida me hubiera arrullado.

Me ducho con calma, me visto con unos pantalones ligeros y una blusa amplia que no se me pegue a la piel, y bajo al comedor del hotel. Es pequeño y tranquilo, las mesas son de madera clara y huele a café recién hecho. Me sirvo un desayuno continental: un bol de fruta cortada, pan tostado con mantequilla, un croissant y un café largo. Me siento junto a una ventana por donde se cuela la luz suave de la mañana y observo cómo despierta el barrio.

Muerdo el croissant y me repito en voz baja: «Vive, disfruta y observa». Sí, Lady Rose estaría orgullosa de mí. Espero no venirme abajo cuando tenga que interactuar con más gente y la timidez me paralice.

El primer *tour* al que me he inscrito comienza frente al Parlamento. El punto de encuentro está a unos veinte minutos andando desde el hotel, y salgo con tiempo, guiada por la aplicación de mapas del móvil. Las calles son amplias y limpias, llenas de fachadas que cuentan historias, porque la mayoría son antiguas y

bien conservadas. Cada esquina parece haber sido fotografiada mil veces y, aun así, me sorprende. La guía es una mujer húngara, que ha vivido muchos años en España, con voz dulce y sonrisa generosa. Somos un grupo pequeño y diverso: dos amigas gallegas, una pareja de jubilados de Valencia, un chico con pinta de mochilero, que no dice de dónde es, y una madre con su hijo adolescente que viven en un pueblo de Sevilla.

Caminamos por la ribera del Danubio, cruzamos avenidas amplias custodiadas por árboles centenarios, y la guía nos habla con pasión contenida. Nos cuenta historias de ocupaciones y libertades, de puentes destruidos y reconstruidos, de cómo el río une lo que una vez estuvo dividido y que el primer puente se construyó gracias, según dicen, a una historia de amor. Noto que la gente la escucha en silencio, como si su voz tejiera una red invisible entre el pasado y el presente.

Nos paramos frente a las esculturas de los zapatos junto al río, ese memorial que parece tan simple y tan devastador a la vez. El monumento representa a las víctimas, principalmente judías, que fueron obligadas a quitarse los zapatos antes de ser fusiladas y arrojadas al Danubio durante la guerra en 1944. Docenas de pares de hierro fundido, clavados al suelo, como si aún esperaran los pies que los llenaron. Me estremezco al mirar aquellos zapatos de niños, de mujeres, de hombres…, bajo la mirada, con el corazón encogido, ante la atrocidad que representa y que me hace pensar en muchas otras, no importa las creencias de quien las ocasiona y de quien las sufre. La guía nos da unos segundos sin hablar. Hay momentos que no se deben interrumpir con palabras.

El Parlamento me deja sin habla. Es majestuoso, como un castillo sacado de una novela, todo agujas góticas y cúpulas que se recortan contra el cielo limpio de la mañana. Brilla bajo la luz del sol como si acabaran de encenderlo. Lo rodeamos despacio, con las cámaras en alto, y yo me limito a observar, a dejar que la belleza se me quede en los ojos, como si pudiera guardarla para siempre entre las pestañas.

—¿Es tu primera vez en Budapest? —me pregunta una de las chicas gallegas, con acento suave y sonrisa curiosa.

—Sí —respondo—. Y no me esperaba que fuera tan… majestuosa.

Ella asiente y mira a su alrededor.

—Yo tampoco. Hemos estado en Viena antes y esa sí que es una ciudad majestuosa, pero más fría. Budapest tiene algo cálido y especial.

Asiento. No sabría decirlo mejor. Es una mezcla de nostalgia y fuerza. De cicatrices visibles que no intentan ocultarse a la mirada del turista.

Seguimos caminando por calles adoquinadas, pasamos por delante de una pastelería donde huele a canela y mantequilla caliente, y la guía nos recomienda probar los *rétes*, una especie de *strudel* húngaro que parece crujir solo con mirarlo. Nos detenemos frente a una estatua de Imre Nagy, un político húngaro cuya figura de bronce se alza sobre un pequeño puente. La guía nos cuenta su historia mientras los turistas la rodeamos, y alguien del grupo se acerca para tocar la barandilla, dicen que trae buena suerte.

Lo más divertido ha sido la historia que nos ha contado sobre el director de cine Santiago Segura. Por lo visto, los húngaros son fans de Torrente y con cada estreno va a Budapest para presentar las películas. Lo adoran tanto como a Chuck Norris, que no solo tiene una estatua, sino un puente con su nombre, o así lo conoce la gente tras someterlo a votación popular. La guía nos dice con cariño que los húngaros son un poco frikis. Todas las historias, las serias y las divertidas, han hecho que me olvide de mis preocupaciones. Estoy en un limbo.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que no he pensado ni una sola vez en el reloj. No tengo prisa. No me duele la soledad. Por primera vez en mucho tiempo, estoy en paz con no saber qué vendrá después y sonrío por esta Lola que se deja llevar.

Una brisa suave se cuela entre los edificios, acaricia mis brazos descubiertos, y me sorprende con una alegría que no me suele acompañar.

A mediodía, me despido del grupo frente a la Basílica de San Esteban, y me voy a comer a un pequeño local cerca del río que Berta señaló como imprescindible. Pido *lángos*, esa masa frita típica que me recomendaron en varias guías, parecida a las cocas de tomate alicantinas, y la tomo sentada en un banco de madera con vistas al agua. La brisa me despeina, pero me refresca. Ya no hace el calor sofocante de ayer y todo me parece más fácil y llevadero. Me siento cómoda, esa es la palabra.

Después de comer, vuelvo al hotel. Tengo el cuerpo cansado, en el buen sentido de la palabra. Es como si por fin le hubiera dado permiso para relajarse tras una larga caminata. Cierro las cortinas y me tumbo para echar una siesta ligera, lo justo para reponer fuerzas, y después, al despertarme, escribo postales a mis amigas y a mis padres, una costumbre que no quiero perder.

Salgo al atardecer, temprano para cenar, pero debo hacerlo para aprovechar el *tour* por los *ruin* bar, que empiezan demasiado temprano para una española. Además, he comido poco y decido picar algo rápido: compro un *chimney cake,* un dulce azucarado en forma de chimenea hueca, en un puesto callejero con un envoltorio de papel que se pega a los dedos. Camino por la ciudad mientras se encienden las primeras luces. La noche en Budapest tiene una magia difícil de explicar, como si la ciudad supiera guardar secretos entre sus edificios gastados.

Llego a la puerta de la Gran Sinagoga, el punto de encuentro, con diez minutos de antelación. Hay un grupo de personas desperdigadas: dos parejas jóvenes, tres chicas que podrían ser amigas de toda la vida, un hombre solo que revisa su cámara de fotos, y otra mujer con gafas de sol a pesar de que empieza a anochecer. Me quedo a un lado, en silencio, sin saber bien cómo empezar una conversación con nadie. Pero no me siento incómoda.

Hay algo reconfortante en ser una más entre desconocidos que están ahí con la misma intención que yo.

El guía llega justo a la hora montado en una bici destartalada. Es alto, de pelo castaño y revuelto, y lleva una camiseta blanca que le cae ligeramente arrugada sobre unos pantalones oscuros. Sonríe con naturalidad, como si nos conociera a cada uno de nosotros. Tiene ese tipo de presencia que hace que le prestes atención sin darte cuenta.

—Buenas noches a todos. Soy Guillermo, Billy para los amigos y para mis vecinos húngaros —hace una mueca y todos reímos—. Sí, tuve que ponérselo fácil. No queráis saber la de cosas que he tenido que escuchar con mi nombre—. Se gira para mirarnos a todos, que estamos en círculo a su alrededor, expectantes—. Bienvenidos al *tour* más caótico y divertido de Budapest.

La gente ríe, yo también. Me relajo.

—Lo primero es pasar lista —continúa. Nos va nombrando a todos y así sé que las parejas son de Argentina y las chicas de Alicante. De los demás no me quedo con ningún dato.

Billy hace un gesto para que nos acerquemos a él y sigue hablando.

—Si alguno no ha estado nunca en un *ruin bar*, lo primero que debe saber es esto: no tienen lógica. Ni orden. Pero sí mucha historia. Vamos a recorrer algunos de los más auténticos y famosos, y tomaremos una cerveza, refresco o copa de vino en cada uno. Y al final… si tenéis suerte, puede que os cuente cuál es mi favorito. ¡Seguidme!

Empieza a caminar, invitándonos a seguirlo y arrastrando la bici. La encadena a una barra donde hay otras y nos adentramos en una calle estrecha tras él.

Miro las fachadas desconchadas, las puertas entreabiertas, las luces de colores que parpadean desde patios interiores, mientras él no para de hablar. Envidio esa soltura. Nos adentramos en calles

menos turísticas y, de pronto, el ruido de la ciudad se transforma en un murmullo de música lejana, risas escondidas y cristales tintineando.

Un pellizco de ilusión me aprieta el pecho y me digo que, en el fondo, soy una chica con suerte.

CAPÍTULO 3

Lola

La ruta empieza con risas y una primera ronda de cervezas frías servidas en vasos de plástico. El primer bar está escondido en un patio interior, detrás de un mural gigante lleno de grafitis y mariposas de neón. Entramos y parece que hubiéramos atravesado un espejo. Hay sofás desparejados, lámparas que cuelgan de cables torcidos, una bicicleta colgada del techo y una televisión antigua con una pecera dentro. Todo es absurdo, y precioso a su manera.

Este lugar es como entrar en un desván de recuerdos prestados. Nos dice que se llama *Instant Fogas* y que todo lo que hay dentro ha sido traído por clientes a lo largo de los años, desde que empezó como un espacio cultural sin dinero para decorarlo. Nada tiene lógica aquí. Solo historias ocultas en cada objeto. Hay una bañera convertida en sofá, muñecos colgando del techo, una puerta antigua apoyada contra la pared como si estuviera esperando volver a algún sitio. El grupo se dispersa enseguida, explorando sin mapa. Algunos hacen fotos, otros solo miran, como si buscaran una pieza perdida de sí mismos entre tanto caos. Yo paseo sin prisas. Me detengo frente a una lámpara de araña cubierta de cintas de colores, un espejo enmarcado en madera carcomida y un cartel que dice «No preguntes, solo vive». Aquí siento que soy menos turista y más personaje dentro de una novela escrita por alguien con mucha imaginación.

Billy nos reúne al cabo de un rato y nos guía por los recovecos del local con naturalidad. Conoce a los camareros, se saluda con gente

que no sé si son turistas o locales, y no para de bromear. Habla deprisa, gesticula como si tuviera un escenario propio, y consigue que todos estemos atentos a él. Tiene algo magnético, ese tipo de seguridad que no produce rechazo, sino que te arrastra. Y, aun así, entre broma y broma, se le escapa una mirada que parece estar más presente de lo que aparenta.

Salimos del bar y, por el camino, todos comentan entre ellos lo que han visto, menos yo, que camino sola y disimulo mirando las fotos del móvil. Ya en el segundo bar, nos lleva a una sala más tranquila, una especie de galería con muebles reciclados y música suave ocupando lo que fue un búnker de la Segunda Guerra Mundial. Allí decide que ya es hora de romper el hielo de verdad.

—Vale, ahora que llevamos un par de rondas, vamos a hacer lo más cursi que haréis esta semana: presentaros. Uno por uno. Nombre, de dónde venís y una cosa que queráis compartir. Un secreto, una manía, una razón por la que habéis venido a Budapest. Lo que queráis, pero algo que no sea lo típico—. Levanta una ceja, divertido—. Vamos, que no me digáis que os encanta viajar. Eso ya lo sabemos, si no, no estarías aquí.

Se sienta sobre una mesa baja y nos señala con un dedo, como si estuviéramos en una función improvisada. Al principio, todos dudamos. Pero poco a poco se animan. Las chicas de Alicante se pisan una a otra al narrar una anécdota de viajes pasados, el hombre solitario cuenta que ha venido en moto desde Zaragoza y que salió con su novia, pero lo dejó en Italia y desde entonces sigue solo el viaje, la mujer de gafas de sol, que ahora las lleva sobre la cabeza, cuenta que se acaba de jubilar y quiere celebrar que por fin tiene tiempo para ella.

Conforme veo que me llega el turno, siento que se me calienta el rostro.

—Soy Lola —digo, con una voz más firme de la que esperaba—. Soy de Madrid y había organizado este viaje con tres amigas más que, en el último momento, lo han tenido que cancelar.

—Vaya, y tú has decidido seguir sin ellas, bien por ti… —Señala Billy que, con una sonrisa picarona, añade—, ¡uuyyyy!, qué casualidad que a Javier lo han dejado libre, eeeehhhh, esto puede ser el destino.

Todos le ríen la gracia, menos yo, que me sonrojo como una idiota. Debe notarlo porque, de inmediato, cambia el tono y me pregunta.

—¿A qué te dedicas? Tienes pinta de pensar mucho, ¿no serás científica?

—No —me debato por un momento si decir la verdad o no, y decido que sí. Estoy segura de que nunca volveré a ver a esta gente, aunque decir lo que soy suele llamar la atención y es algo que odio —. Soy escritora.

Al momento me arrepiento; debería hacer dicho correctora, que es la coartada que mantengo con mi editora.

—¡Vaya! Interesante. ¿Qué novelas tuyas podemos leer? ¿Eres famosa? —Guiña el ojo y yo cada vez estoy más colorada.

—Escribo novelas románticas, por eso tened cuidado con lo que contáis —miro de reojo al motero y luego al resto— porque puede salir en una de mis novelas—. Hago una pausa y veo que se giran varias cabezas—. Pero no puedo deciros cuáles he publicado, porque firmo con otro nombre.

Se hace un silencio corto, como de sorpresa. Una de las chicas suelta un «¡guau!» exagerado y el motero pregunta medio en broma:

—¿Y cómo sabemos que no te lo estás inventando? Queremos títulos —sonríe.

—No lo podéis saber —respondo, con una media sonrisa—. Ese es el truco.

Ríen, y la atención pasa a otro compañero. Me relajo, aunque siento las mejillas encendidas. Billy no dice nada, pero me lanza una

mirada ladeada, como si ya estuviera archivando esa información para más tarde.

Seguimos la ruta. En el tercer bar, la decoración es aún más surrealista: columpios en lugar de sillas, máscaras venecianas colgadas de las paredes, luces moradas que cambian de intensidad. Algunos se van despidiendo. Al final quedamos cinco. El aire ya es fresco y la ciudad parece más silenciosa que hace unas horas.

Reviso el mapa en el móvil. Mi hotel está a solo diez minutos a pie. Podría marcharme. Debería volver ya. Pero algo me hace quedarme. Quizá sea esa promesa que me hice al empezar el viaje: retar todos mis miedos. Que el hotel esté tan cerca es una señal de que puedo alargar más la noche sin culpa y sin miedo a volver por calles solitarias.

Estoy sumida en mis reflexiones cuando Billy se me acerca despacio y con los ojos chispeantes. Lleva una cerveza en la mano y el pelo un poco revuelto.

—¿Así que una escritora secreta, eh? —dice con una sonrisa ladeada—. Eso es muy de película francesa, o asiática… —se toca la barbilla como si de verdad estuviera dudando.

—O de persona con una timidez patológica —le contesto, sin ocultarme, animada por las dos cervezas que burbujean en mi cabeza y me sueltan la lengua. Se nota que nunca bebo.

—¿Y por qué ese misterio?

—Porque firmar como…, no te lo puedo decir, suena más serio que mi verdadero nombre, y así solo me ocupo de escribir, que es lo que me gusta.

Asiente, esta vez sin burlas.

—Ya veo…, sí, tiene sentido. Pero también suena a que te da miedo exponerte.

—Me da pánico. —Lo digo como quien lanza una piedra al río y espera que flote.

Él no responde enseguida. Da un trago a su cerveza y mira hacia el fondo del bar, donde unos chicos ríen alrededor de una mesa.

—Somos como el sol y la luna, Yo, en cambio, me formé para ser actor y sería incapaz de escribir una línea. Prefiero interpretar lo que otros escriben para mí, aunque se haya quedado en un *speech* sobre Budapest—. Me mira, entrecierra los ojos y con media sonrisa, añade—: ¿Y si algún día tienes que dar la cara? ¿Qué vas a hacer?

—No sé si podría. De todas formas, eso no va a pasar. Lo tengo firmado en el contrato y no creo que a la editorial le interese romperlo.

Me sorprende escucharlo en voz alta. Siempre lo he pensado, pero nunca lo he dicho así, sin edulcorar.

Billy me mira de nuevo y, por primera vez, noto que su expresión no es solo amable o divertida. Hay algo más en su forma de observarme, como si intentara leer entre líneas sin invadir, con curiosidad.

—Me caes bien, Lola. Y no solo porque seas la primera escritora misteriosa que conozco. —Sonríe—. Es una pena que no me desveles tu secreto, porque me gustaría leerte.

—Ni lo sueñes —sonrío y doy un trago de mi cerveza.

—¿Qué tengo que hacer para descubrirlo?

—¿Y para qué quieres saberlo? —Él pone una cara como de niño pequeño haciendo un puchero—. Estás como una cabra, ¿lo sabías?

—Sí, pero una cabra encantadora.

No puedo evitar reírme. Su tono es desenfadado, burlón, pero no me siento atacada. Todo lo contrario. Me hace gracia. Me hace sentir... cómoda y libre.

Y eso, en mí, no es poca cosa.

Lo observo mientras seguimos hablando de tonterías, como si nos conociéramos de hace más tiempo. Billy no deja de hacer bromas,

pero debajo de esa fachada se intuye algo tranquilo, incluso sereno. Un tipo que habla mucho, sí, pero que también escucha cuando importa. Eso me descoloca. Me hace bajar la guardia. Lo curioso es que no me asusta.

CAPÍTULO 4

Billy

Las noches en Budapest tienen algo que me atrae como polillas a la luz. Quizá es la forma en que el calor del día se queda flotando en las paredes, o cómo las luces de colores tiñen las fachadas desconchadas y hacen que parezca que todo es posible. O tal vez es solo que aquí puedo ser quien quiero, sin preguntas, sin juicios, sin que nadie me diga que no estoy hecho para nada y malgasto mi vida —en la voz de mi padre suena aún peor—.

No he tenido una relación estable en mi vida. Ni falta que me ha hecho. A estas alturas ya ni me lo cuestiono. Me gusta vivir ligero, sin ataduras. He sido lo que algunos llamarían un bala perdida, y otros, un tipo libre. He dormido en colchones ajenos, he vivido de trabajos temporales, he ligado más veces de las que puedo recordar y he dicho «te llamo» sabiendo que no lo haría. Y no por maldad. Solo porque nunca encontré razones para quedarme más tiempo del necesario en ningún sitio.

Pero Budapest me agarró por dentro. Como si esta ciudad hecha de cicatrices y luces bajas supiera entenderme. Aquí nadie pregunta demasiado. Aquí puedes reinventarte. Montar en bici de noche, llevar a desconocidos por bares donde los recuerdos cuelgan de los techos, y luego volver a casa solo sin que eso pese. Me gusta este pequeño mundo que he construido con retales: mis calles, mis bares, mis historias. No me sobra nada y, por primera vez en la vida, siento que eso es suficiente, aunque nunca protagonice una película

taquillera o sea la estrella del Club de la Comedia. Hace tiempo que eso dejó de ser mi prioridad.

Esta es ahora mi vida: guío gente por bares medio en ruinas y me gano la vida contando historias que a veces ni son mías. Y, oye, no me va mal. No soy rico, pero actúo y soy libre. Eso, para alguien como yo, vale más que cualquier nómina.

La mayoría de la gente que viene a estos *tours* no me recuerda al día siguiente. A veces ligamos, bebemos, nos reímos un rato y se acabó. No me escondo: me gustan las mujeres. Me gusta conocerlas, escucharlas, dejar que me cuenten cosas que quizá no le han dicho a nadie más, aunque por lo general solo me fijo en su cuerpo. Los ojos es lo primero que me llama la atención y por la mirada ya sé si va a haber juego esa noche o no. La seducción es lo mío. Si a esas miradas juguetonas les sigue un cuerpo de infarto, ya sé que no dormiré solo. O al menos tendré una buena tanda de sexo aunque sea en el cuarto de baño. No sería la primera vez.

Sin embargo, esta noche, no he sentido esa pulsión tan primitiva y, para mi sorpresa, he sonreído como un bobo más de lo habitual. Supongo que debo de estar cansado, a pesar de ello, no me he hecho ni caso y he seguido con mis bromas, algunas subidas de tono que hacen enrojecer a las turistas, y coqueteo como cualquier noche con todas ellas. Menos con Lola.

Lola es otra cosa.

Me despierto pensando en ella y eso ya me molesta, porque no es lo normal en un tío que olvida a las mujeres a los minutos de separarse de ellas. Por suerte, no la volveré a ver jamás. Por si acaso, consulto en la *app* de la empresa si tiene contratada alguna ruta más para no coincidir y veo que solo ha reservado una a Buda en la que no participo. Me alegro.

Me quedo en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza. El rayo de sol que se cuela por la ventana me hace pensar

de nuevo en ella. Lola tiene una luz rara, como si brillara sin querer. Como si llevara dentro un mapa secreto que nadie ha conseguido descifrar todavía. Sí, estoy seguro de que guarda un secreto. ¿¡Estaré tonto!?, claro, si nos contó que escribe con un nombre oculto, ¡pedazo de secreto!

Pero ya antes de eso me tuvo intrigado. Me sorprendió desde que la vi en la puerta de la sinagoga, con ese gesto de querer estar y no, con los hombros recogidos y los ojos llenos de mundo. Y ahora, después de haber hablado un rato con ella, no puedo quitármela de la cabeza.

Es guapa. Mucho. Pero no presume ni se pavonea, como si le avergonzara su cuerpo y su cara tan bonita. Viste sin llamar la atención, ajena a lo que otras mostrarían sin pudor y ella esconde bajo la ropa. Hay algo en su forma de moverse, en cómo mira, que despertó mi curiosidad. Y eso ya es decir. Porque yo no suelo intrigarme por nadie.

Mientras el resto del grupo se dispersó por el último bar, me quedé a su lado. Estaba sentada en un taburete, mirando la cerveza como si pudiera leer el futuro en las burbujas.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de mi trabajo? —le dije, sin saber por qué —. Que no tengo que dar explicaciones a nadie.

Ella me miró con una ceja levantada, medio divertida.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende del día. Hoy, por ejemplo, me parece bastante bueno.

Sonrió, pero no dijo nada más.

—En serio —continué, incómodo por ese silencio que no esperaba —. Me pasé media vida escuchando que no servía para nada. Que era un desastre, que tenía la cabeza en las nubes y los pies en ningún sitio.

—¿Y ahora?

—Ahora me pagan por hablar y por enseñar rincones bonitos de una ciudad que no me vio nacer, pero sí me ha dado un hogar—. Hice una pausa. No sé por qué se lo estaba contando a ella. Supongo que porque me dio la sensación de ser una persona que escucha de verdad. Como si no solo oyera las palabras, sino lo que hay debajo de ellas—. Y bueno… ligar con turistas de vez en cuando tampoco está mal.

Lo dije en broma, pero ella se rió sin apartar la mirada del vaso. ¿Le molestó?

—¿Siempre eres tan honesto?

—No. Solo con la gente que me parece interesante.

Alzó la vista y no me esquivó, aunque noté esa mirada insegura y valiente, que despertó mi curiosidad desde que me dio su nombre en el punto de encuentro.

—¿Por qué viniste a Budapest? —me preguntó entonces, con voz baja.

Miré al fondo del bar, donde dos chicas se hacían *selfies* frente a un mural fluorescente de un astronauta.

—Porque no le encontraba sentido a mi vida y quise empezar de cero.

—¿Te pasó algo?

—¿Algo? Todos tenemos una historia, ¿no crees?

Ella no insistió. Me regaló una sonrisa leve y la cabeza ladeada en un gesto que contenía más comprensión que en muchas conversaciones de las que he tenido en toda mi vida.

Sentí que estaba en una burbuja que se rompió cuando el grupo empezó a moverse. Ya era tarde, y solo quedábamos los dos y una pareja de chicas que se despidieron con una sonrisa. Al otro extremo estaban mis amigos haciendo aspavientos con los brazos para que nos uniéramos a ellos, pero un impulso me hizo ignorarlos.

—¿Te acompaño? —le pregunté, sin más intención que alargar un poco más la noche que, por primera vez desde que llegué a Budapest, no quería terminar como siempre.

Ella me rechazó, me dijo que estaba cerca y quería caminar sola. Que no me preocupara. Y no lo hice, pero no pude evitar que su silueta, su aroma y su voz se quedaran toda la noche conmigo. Es ahora, al despertar, cuando me quiero convencer de que fue un sueño, un bonito «lo que podía haber sido y no fue», y hasta me alegré de no haber ido con ella a su hotel. No quiero que el sexo de una noche enturbie la bonita imagen y la sensación de euforia que me alcanza al pensar en Lola.

CAPÍTULO 5
Lola

Me despierto antes de que suene la alarma. No es habitual en mí, pero esta ciudad parece tener un reloj propio, uno que marca las horas con luz y no con ruido. La noche anterior sigue viva en mi cuerpo, como un eco suave. Volví sola al hotel caminando despacio, con la cerveza aún burbujeando en el estómago y la cabeza llena de pensamientos que no supe ordenar. No hubo nada extraordinario, ni besos furtivos, ni caricias. Y, sin embargo, me sentí extrañamente acompañada. Como si alguien me hubiera mirado de verdad. Como si yo también pudiera ser vista sin tener que fingir nada.

No sentí miedo al caminar sola. Solo una especie de temblor dulce, como cuando estás a punto de hacer algo que no te atreves. He dormido profundamente, con la ventana entreabierta y el murmullo de la ciudad colándose entre sueños. Y ahora, con los pies sobre el suelo frío de esta habitación que ya no me resulta ajena, noto que algo en mí se ha movido. No sabría decir qué. Pero lo noto.

Entro en la ducha sin pensar demasiado, me visto con pantalón corto y camiseta de tirantes, y bajo a desayunar. Estoy muerta de hambre, como siempre que trasnocho. El comedor está casi vacío, solo una pareja joven y un señor mayor leyendo un periódico en otro idioma. Me siento junto a la ventana, como siempre. Afuera, Budapest despierta con calma.

El *tour* de hoy es por la zona de Buda. Otro guía, otro grupo. El punto de encuentro está junto al Mercado Central, a otro lado de

Pest, así que salgo con tiempo. Me cruzo con gente paseando perros, ciclistas, madres con carritos, y por primera vez desde que llegué, me siento parte del decorado. Como si yo también viviera en esta ciudad. Qué fácil parece integrarse aquí.

El guía es correcto, simpático, pero más distante que Billy. Tal vez porque no hace bromas, o porque no me mira como si pudiera leer lo que pienso. Tiene una voz pausada, de esas que una asocia a profesores de universidad que llevan años explicando lo mismo, y un acento leve que delata que ha vivido mucho tiempo fuera. Habla con entusiasmo contenido, como si todo lo que cuenta le importara, pero no le saliera del todo natural compartirlo. Aun así, la ruta es preciosa.

Subimos en grupo por las colinas de Buda, serpenteando por calles empedradas que huelen a tierra caliente y a hojas de tilo. Pasamos por la zona del Bastión de los Pescadores, donde las vistas al Danubio cortan la respiración, y por iglesias escondidas entre muros de piedra clara. El guía nos cuenta que muchas de estas calles conservan el trazado medieval, y nos anima a mirar hacia abajo, al empedrado, para encontrar pequeñas marcas que los soldados dejaron siglos atrás.

Nos detenemos en un mirador y alguien del grupo se ofrece a hacer fotos a los demás. Se forma ese momento torpe, pero entrañable, en el que todos nos sonreímos con amabilidad. Una chica joven, que viaja con su madre, dice que su padre hubiera contado una historia inventada sobre el rey Matías para impresionar al guía, que lo hacía en cada viaje, y lo imita con tanta gracia que provoca carcajadas sinceras. Incluso el guía se ríe y, por un instante, el grupo se suelta.

Yo sonrío, pero me sorprendo mirando los grupos que nos cruzamos. Busco sin querer. Escaneo caras, voces. Y cuando no lo encuentro, siento una punzada. ¿Decepción? ¿Alivio? No sé. Lo que tengo claro es que Billy se ha quedado en mi cabeza como una melodía que no sé cómo quitarme. Y no entiendo por qué.

Quizá porque fue el primero en hacerme sentir vista. O quizá porque no hubo tiempo suficiente para decepcionarme.

A mediodía, algunos del grupo deciden ir juntos a comer, pero yo lo rechazo con una excusa amable. Prefiero comer sola. Camino hacia la orilla del Danubio, donde vi un restaurante con terraza el día anterior. Voy hasta la mesa que me indican y pido un plato típico: *paprikash* de pollo con *nokedli*. El camarero sonríe al ver mi esfuerzo por pronunciarlo. Yo me río también. Por fin algo ligero.

El plato humea, el vino blanco está frío y la vista del puente de la Libertad es espectacular. Pero justo cuando voy a dar el primer bocado, el móvil vibra.

Miro la pantalla y veo el nombre de mi editora.

Respiro hondo antes de contestar.

—Hola, Patricia.

—Lola, ¡por fin! ¿Dónde estás? Te he escrito cinco mensajes.

—Estoy en Budapest, de vacaciones. Te lo dije… ¿Pasa algo?

—¿Cómo que si pasa algo? ¡Tu novela ya tiene fecha de salida! —Su entusiasmo es contagioso, pero me pilla desprevenida—. Y esta vez no te escapas, ¿me oyes? Tienes que dar la cara. Lectoras, medios, firma de ejemplares…

No digo nada. Oigo su respiración anhelante y el silencio me oprime el pecho. Soy incapaz de reaccionar.

—Lola, escúchame. Es tu mejor novela. No puedes esconderte más. Esta es tan personal, tan vibrante, que necesitamos que te conozcan, a la autora real quiero decir, no al seudónimo.

—Pero L. M. Dickinson es la autora, no yo. Tú lo sabes. Ese es el trato y lo hemos firmado las dos.

—Lo sé. Pero las lectoras quieren conocerte. Quieren saber quién está detrás de esa historia. Hay un hilo en Threads que nos está haciendo la preventa sola. El *hype* es tremendo, Lolita.

Miro el plato sin tocar y me sube una náusea por la garganta. De pronto, no tengo hambre. Siento el sudor frío en la nuca y me obligo a respirar para no desmayarme sobre la comida.

—Déjame pensarlo, ¿vale? —Es una excusa para que me deje tranquila porque la respuesta va a ser un rotundo no, pero necesito cargarme de energía para hacerlo, recordarme por qué tomé esta decisión y mantenerla hasta las últimas consecuencias. Además, estoy de vacaciones y no quiero pensar en el trabajo.

—No hay tiempo para pensar. Los de márketing ya están preparando el lanzamiento. Necesito una respuesta pronto.

—Vale. Te llamo mañana.

Cuelgo. Me quedo un minuto con el móvil en la mano. Las conversaciones de las mesas cercanas son solo un ruido molesto que no consigue disipar las nubes negras de mi pensamiento. El tenedor me pesa. No sé si puedo tragar.

Vuelvo a mirar el puente. A los tranvías amarillos que lo cruzan con lentitud. Al cielo que empieza a llenarse de nubes tenues. Y entonces pienso en Lady Rose.

Saco el móvil de nuevo. Le escribo solo seis palabras: «Ha ocurrido. Me tiemblan las piernas».

Seguro que lo entiende. No hay respuesta inmediata. Tal vez esté escribiendo o tal vez quiera dejarme sentirlo sin consuelo. Me limpio las manos con la servilleta, dejo un billete bajo el vaso y salgo a la calle.

No sé si camino deprisa o despacio. Solo sé que necesito aire. Necesito volver a ser esa chica invisible en medio de una ciudad que no me pide nada. Y, aun así, a pesar de mi esfuerzo por mantenerme firme, siento que me estoy desmoronando.

CAPÍTULO 6

Lola

Nada más entrar en la habitación del hotel, me descalzo y suelto la mochila sobre la butaca sin mirar dentro. Siento el cuerpo cansado, pero la cabeza me zumba. Aún tengo la camiseta impregnada del calor de la calle, de la humedad que no se disipa ni al caer la tarde. Me aparto el pelo de la cara y saco el móvil. Dos notificaciones.

Una, de Lady Rose.

Lady Rose no es solo una autora de éxito. Es la persona que, sin saberlo, me salvó cuando más perdida estaba. Leerla fue una puerta. Conocerla fue un refugio. Es mi mentora, mi cómplice, la única —junto con Patricia, mi editora— que sabe que L. M. Dickinson soy yo. Ni mis padres lo saben. Ni mis hermanas. Ellos creen que trabajo para la editorial como correctora de estilo, que ayudo a Lady Rose con sus novelas en español y que viajo de vez en cuando por temas de traducción. Mentí. Y sigo mintiendo. Porque me da miedo que sepan la verdad. No la entenderían. O quizá sí. Y eso también me da miedo.

Abro el mensaje. No dice más que una línea:

«Avísame cuando puedas hablar. Estoy despierta».

Respiro hondo. Sé lo que viene. O lo intuyo. Me quito la ropa sudada, me pongo una camiseta grande y me acomodo en la cama con el portátil entre las piernas. Marco su contacto y espero.

Aparece en la pantalla con el pelo recogido en una trenza baja y las gafas puestas. Su sonrisa me desarma.

—Hola, pequeña escritora invisible —dice, con voz cálida.

—Hola —susurro.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza. Me encojo. Como si pudiera esconderme en una esquina de la pantalla. Sus ojos me examinan con ternura.

—¿La editorial te ha llamado ya?

—Sí. Esta mañana.

—Y... —se inclina un poco más hacia la cámara—. ¿Qué te han dicho?

—Que quieren que dé la cara. Que ya toca. Que esta novela va a ser más grande que las anteriores. Que es el momento de salir del armario. Pero yo… —Se me quiebra la voz.

Lady Rose asiente. Su rostro no cambia, pero sus ojos sí. Se le entornan, preocupados.

—¿Y tú qué sientes?

No contesto porque lo ve en mi cuerpo. Me tiemblan los labios. Bajo la cabeza. Las lágrimas me escuecen, pero no lucho contra ellas. Dejo que salgan. Porque no sé mentirle. A ella no.

—Yo solo quiero escribir —digo, entre sollozos—. No quiero subirme a un escenario, ni hacer entrevistas, ni salir en vídeos. No quiero ponerle una cara a lo que escribo. Solo quiero quedarme aquí, detrás, contando historias.

—Lo sé —responde con suavidad—. Lo sé, Lola. Y tienes todo el derecho a sentirlo así. Pero también tienes que saber que escribir es dar. Que cuando compartes algo que has creado, el mundo quiere abrazarlo. A veces, también abrazarte a ti.

—¿Y si no quiero ese abrazo?

—Habrá que hacérselo entender a los editores. Yo estaré contigo, para protegerte. Pero cariño, si tu novela sale a la luz y se convierte en algo grande, no vas a poder esconderte siempre.

—No estoy preparada todavía —susurro—. Creo que no lo estaré nunca.

Se queda en silencio unos segundos. Luego asiente.

—Déjame hablar con Patricia. A ver qué podemos hacer. ¿Vale?

Acepto con un leve movimiento de la cabeza, aunque no sé si eso me alivia o me asusta más.

Colgamos. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y dejo el portátil a un lado. Quiero meterme debajo de las sábanas y no salir en días. Pero entonces, mi móvil vibra. Es un correo de Patricia. Cojo de nuevo el portátil para leerlo mejor.

Hola, Lola:

Ya está todo en marcha. El equipo de comunicación está entusiasmado. En las próximas semanas queremos organizar una pequeña gira por varias ciudades de España para la presentación de tu nueva novela. Estamos hablando con medios para que te hagan entrevistas (ya hay interés de la tele), y hemos contactado con varios influencers que podrían hacer directos contigo en Instagram.

También estamos cerrando fechas con librerías que estarían encantadas de contar contigo.
¿Podemos ir agendando?

Estoy superemocionada. Ojalá te haya convencido.

Patricia Martínez

Editorial Aurora

P.D. Tranquila que todavía no les he dado tu verdadero nombre. Nadie sabe nada de ti. No quiero filtraciones antes de tiempo. Es nuestro secreto.

Siento cómo se me encoge el pecho. El aire no me llega a los pulmones. Me cuesta respirar. Vuelvo a leer las palabras como si no fueran suyas. *Directos*, *presentaciones*, *gira*. No son para mí. No soy ese tipo de escritora. Yo solo cuento historias. Eso es todo lo que sé hacer.

Dejo el portátil sobre la cama y me visto a toda prisa. Evito pensar enumerando los objetos que veo: una silla, la puerta, un cuadro del puente de la Libertad, el ascensor, una camarera, una planta... Salgo del hotel como si me persiguiera algo. O todo.

Las calles de Budapest huelen a piedra caliente y a humo dulce. Camino sin rumbo, sin saber si huyo o busco consuelo. No sé dónde voy. Solo sé que no puedo quedarme quieta. Ahora mismo solo necesito que el aire me despeine y que el ruido de los coches tape el estruendo de lo que siento dentro.

Y mientras avanzo entre desconocidos, con las luces de la ciudad empezando a encenderse, solo puedo pensar en una cosa: ojalá pudiera escribir todo esto sin ser yo quien lo viva.

CAPÍTULO 7

Billy

Hoy es mi día libre. No tengo *tours*, nadie va a disfrutar de un guía con gracia y acento español, así que me paso el día vagueando. A veces hace falta. Me he levantado tarde, y le he dado un par de vueltas al apartamento para decidir si ordenaba o no, antes de acudir con mis amigos al bar donde quedamos los españoles expatriados para ver el fútbol.

La tarde se me pasa entre risas, gritos y botellines de cerveza que vuelan de una mano a otra como si estuviéramos en una verbena. Hay algo en los partidos de fútbol que saca la parte más básica de nosotros. No me importa el resultado, pero grito como si me fuera la vida en cada pase. No por el juego, sino por la compañía, por ese calor de grupo que uno solo siente cuando ha estado demasiado tiempo lejos de la familia.

Nos conocemos desde hace meses, aunque parece que llevemos toda la vida juntos. Españoles que llegaron a Budapest buscando algo: un trabajo, un respiro, una huida o siguiendo al amor. A veces salimos solo para sentir que pertenecemos a algo. Hoy toca fútbol, así que nos apretamos todos en el bar de siempre, uno que tiene una pantalla grande al fondo, paredes cubiertas de bufandas de distintos equipos y un camarero húngaro que se sabe todos los insultos en castellano.

Rafa se sube a la banqueta cuando su equipo marca el segundo gol. Yo le grito que se va a matar. Nos reímos como críos. Uno de los

nuevos, creo que se llama Nico, se emociona tanto que me lanza medio vaso por encima. No me molesta. La camiseta ya estaba sudada y este tipo de manchones saben a verano.

Cuando salimos a la calle, la noche se ha vuelto templada y luminosa. Hay humedad, sí, pero corre una brisa leve que me despeina el flequillo y me hace cerrar los ojos por un instante. Me siento bien. Con ese bienestar simple que llega cuando nada duele, cuando la cabeza no da vueltas a las preocupaciones y el cuerpo no pide explicaciones. Estoy donde quiero estar.

—¿Vamos a por la última? —pregunta Rafa, ya caminando calle abajo.

—Venga, al Petrus —dice otro, sacando el mechero para encender un cigarro.

Les sigo el ritmo, sin pensar. Me dejo llevar por el grupo, por las voces, por el humo y las bromas. Hoy no tengo que estar pendiente de nadie más que de mí.

Me deshago del brazo de Rafa, que me coge por el hombro, y ralentizo el paso porque noto una especie de sacudida silenciosa, un pellizco que no sé de dónde viene. Giro la cabeza hacia el lugar que acabamos de pasar y guiño los ojos para tratar de ver a través de la oscuridad y de la gente. Es, ¿Lola?

La veo sentada en un banco de piedra, medio oculta por la sombra de una farola fundida. No se mueve, ni siquiera mira el móvil. ¿Esperará a alguien? No lo parece por la postura, además no mira a la gente que pasa. Tiene la espalda encorvada, los brazos cruzados contra el pecho y la cabeza baja, como si quisiera esconderse dentro de sí misma. Podría no ser ella. Podría estar confundido. Pero no, estoy seguro de que es Lola. Y está sola. Con ese tipo de soledad que duele incluso desde fuera.

Mis amigos siguen andando. Nico me da un codazo y dice algo sobre ir a por esa otra ronda.

—Un minuto, ahora voy —digo sin pensarlo.

Me acerco despacio, sin hacer ruido, como si cualquier paso brusco pudiera romperla. Tengo que asegurarme de que sea ella. No hay mucha gente, apenas un par de turistas que sacan fotos a una fachada iluminada. Ella no mira nada. Está encogida, abrazada a sí misma, los hombros hundidos y la mirada baja. Se mueve ligeramente hacia atrás y hacia delante. Y me parece que está llorando. O quizá temblando. O las dos cosas al mismo tiempo.

—¿Lola?

Alza la cabeza. Sus ojos brillan y no creo que sea por la luz. Es por las lágrimas provocadas por lo que sea que le aprieta dentro. He visto antes esa mirada acuosa que pide auxilio sin palabras. Su expresión es un poema que se me clava entre costillas.

—¿Estás bien?

Ella no contesta. Asiente, pero su gesto lo desmiente todo. Tiene las mejillas húmedas, los labios temblorosos y las manos apretadas una contra la otra como si solo así pudiera sostenerse. Me siento a su lado sin pedir permiso. No digo nada. A veces lo mejor que uno puede hacer es mantenerse callado.

El silencio me incomoda un poco, quizá por la falta de costumbre. No sé qué hacer, si debo hablar o quedarme quieto por respeto.

—Perdona —dice al fin, con la voz rota—. No esperaba ver a nadie conocido.

—No pasa nada —respondo—. Todos tenemos días así. Y ya sabes, la ley de Murphy, basta que no quieras encontrarte con nadie para que aparezca tu guía preferido en escena.

Ella se ríe, pero sin risa, con un gesto que me parece hueco.

—¿Sabes? —añado—. Yo creía que eras de las que nunca se descomponen.

—¿Y eso por qué?

—Porque tienes esa cosa… ese aire de persona que lo aguanta todo en silencio.

—Pues no. No lo aguanto. Y menos en silencio.

Se limpia la cara con la manga, torpe. Yo no me muevo. La miro de reojo, sin presionarla.

—¿Te ha pasado algo? Si necesitas ayuda y no conoces a nadie en Budapest, yo…

Duda. Mira al frente. Luego baja la voz.

—Son cosas de trabajo.

—¿No te habrán despedido estando de vacaciones? Ah, no, espera, ¿se puede despedir a una escritora? —trato de sonar divertido para animarla, pero no se me ocurre nada realmente ingenioso y temo estropearlo todo. Creo que está a punto de odiarme.

—No, no —sonríe—. Algo mucho peor. Al menos para mí. Y sí, podrían despedirme por no obedecer, a pesar del contrato. ¡Qué digo! Son ellos los que no lo quieren cumplir, podría romper el dichoso contrato, ¿no? —habla y me mira sin verme, y yo la dejo que se deshaga de todos esos pensamientos que la abruman—. Ay, si lo hago me cerrarán las puertas de todas las editoriales y yo… No, ¡qué desastre! Tendré que empezar de cero.

Se lleva las manos a la cara y apoya los brazos en las rodillas.

—Aunque no sé de qué va todo esto, solo puedo decir ¡que les den! —grito.

—Me han pedido que me muestre —explica sin que yo le pregunte y, creo, sin prestar atención a lo que he dicho—. Que salga del anonimato. Que me convierta en la cara de mis libros.

Yo la miro, esperando que diga más.

—¿Y eso es malo?

—Para mí sí. Lo peor que me podrían pedir.

—¿Por qué?

—Porque yo no escribo para que me miren. Escribo para desaparecer.

Me deja sin palabras. Esa frase se me queda dando vueltas en la cabeza. Porque la entiendo. Aunque no escriba, entiendo lo que es querer desaparecer y, al mismo tiempo, que algo dentro de ti grite por salir.

—Lola —digo, muy despacio—. A mí me cuesta callarme, lo sabes. Pero si ahora quieres que me calle y solo me quede sentado aquí contigo, lo haré.

Ella gira la cara. Me mira. Hay algo en su expresión que no había visto antes. Una mezcla de agotamiento y gratitud.

—No sé por qué me hace bien que estés aquí —susurra.

—Quizá porque soy una cabra encantadora —respondo con una media sonrisa.

Ella ríe. De verdad, esta vez. Una risa leve, rota, pero auténtica.

—¿Quieres que te acompañe a tu hotel? —pregunto—. O a tomar algo. O a donde tú digas. No tengo nada que hacer esta noche.

—No quiero ir a ningún sitio —dice—. Solo quería caminar. Escapar un poco. Respirar.

—Perfecto. Caminemos, entonces. Voy a ser tu guía privado nocturno, ¿te parece?

Nos ponemos en marcha. Yo empiezo a soltar chorradas, como siempre que no sé qué hacer con lo que siento. Le digo que el jardín al que vamos es tan secreto que si no le tapara los ojos tendría que matarla después. Ella me mira de reojo, como si no supiera si reír o llamarme idiota, y elige reír. Eso me basta. Busco anécdotas divertidas en mi cabeza que le hagan olvidar sus preocupaciones, sobre todo de mis primeros días en Budapest, donde hablan una lengua demasiado complicada para mí, pero solo consigo que estire

los labios en una sonrisa educada. Me lanzo después con una historia inventada sobre los peces de la fuente, sobre cómo uno de ellos se llama Ernesto y tiene crisis existenciales desde 2017. Cuando suelta una carcajada breve y sincera, noto que algo se me acomoda dentro del pecho. Es como si su alegría me recompusiera a mí también.

Me encantaría rozarle la mano, acariciarle la mejilla, besarla despacio por todo el cuerpo y atrapar sus mullidos labios entre los míos. Siento entre mis ingles que la deseo, pero sin la urgencia de esas noches en las que solo busco sexo. Siento un impulso raro y nuevo de querer hacerle bien. Decido no lanzarme. Porque lo único que quiero esta noche es verla tranquila, con el alma un poco menos hecha trizas. Y si para eso tengo que contener todas las ganas que tengo de acercarme, lo haré. No me importa si esto es solo un cruce fugaz entre dos personas que no se esperaban y que pierda la oportunidad de hundirme en ella. Sé que no quiero estropearlo por correr más de la cuenta, porque Lola es más que lo que veo. Ahora mismo lo único que me importa es que se sienta bien.

CAPÍTULO 8
LOLA

No sé cuánto rato caminamos, pero el aire empieza a enfriar mis mejillas y los pensamientos, antes disparados, empiezan a ordenarse. Billy no calla. Y eso, lejos de agobiarme, me sostiene. Su voz se convierte en una especie de hilo que me impide volver al fondo del pozo.

Al principio sentí vergüenza al encontrarme con él. Vergüenza de que me viera así, deshecha, sentada en un banco como si se me hubiese roto el mundo. Pero su manera de hablar, de bromear, de quitarle peso a todo sin restarle importancia, me hizo sentir que no tenía que disculparme por estar mal. Que simplemente podía estar. Y ya.

Me cuenta historias disparatadas de los turistas con los que ha trabajado, de uno que se perdió durante un *tour* porque quiso buscar el baño en medio de un *ruin* bar y acabó en una despedida de soltera húngara, o de otra que creía que Budapest era una ciudad inventada por Instagram. Yo me río. Primero por educación y, poco a poco, me río de verdad. Y me doy cuenta de que llevaba días sin hacerlo.

—Te envidio —le digo, cuando hacemos una pausa en un pequeño puente con vistas al río—. Esa forma de hablar con todo el mundo, de hacer reír, de soltarte como si nada. Si yo fuera así… no tendría que esconderme. No tendría que vivir detrás de una firma falsa. Podría incluso actuar si no quisiera ser yo misma ante el público.

Pero me quedo paralizada. Timidez, miedo escénico… lo que sea. Es superior a mí y —subo la mano abierta para impedir que hable—, no me digas que se supera, porque no quiero hacerlo.

Billy se apoya en la barandilla, con el rostro vuelto hacia el agua, donde se reflejan los edificios iluminados como si alguien hubiera querido ponerle joyas a la noche.

—¿Tú crees que es fácil ser así? —pregunta sin mirarme—. Hablar tanto también puede ser una forma de protegerse. Si eres tú el que habla, nadie pregunta. Si haces reír, nadie se fija en lo que escondes.

—¿Tú también te escondes?

—¿Y quién no? —se gira y me sonríe—. Pero si yo tuviera tu talento, también tendría miedo. Lo que pasa es que tú no sabes lo valiente que eres. No conozco tus libros y no te voy a pedir que me lo desveles, pero intuyo que eres buena. Si yo escribiera con la mitad de talento con la que tú lo haces, o eso creo, estaría escondido en una cueva. Sí, soy extrovertido y por eso tengo este trabajo. Y si lo hago aquí es porque no tengo cerca a mi familia para recordarme que he tirado mi vida por la borda. Me cansé de escuchar que tenía que haber seguido los pasos de mi padre y de mi hermano. Ya ves, cada uno usa su talento como mejor puede, si le dejan. No te compares conmigo, Lola.

No contesto. Pero sus palabras me dan en la frente y las dejo aparcadas para pensar sobre ello después.

Cruzamos una avenida silenciosa y seguimos por una calle estrecha que desemboca en una plazoleta desde la que se ve el Parlamento al fondo, reflejado en el agua. Es una imagen que me deslumbra por lo preciosa que es. Las luces doradas dibujan las siluetas de los puentes y los tejados puntiagudos. Es un lugar tranquilo, sin apenas turistas. No me lo esperaba. Es precioso. Un rincón que no aparece en ninguna guía y que, sin embargo, parece diseñado para calmar el alma.

Nos sentamos en un banco de piedra. La brisa del río levanta mechones de mi pelo y él hace como que quiere peinarlos con las manos, pero se queda en un gesto. Sonríe.

—¿Cuándo te vas? —pregunta.

—Me queda mañana entero. Y el vuelo es al amanecer del día siguiente.

—¿Tienes planes para tu último día?

—Sí, mañana tengo una reserva en los baños Gellert. Mis amigas decidieron que el último día era el mejor para relajarse en uno de los balnearios que tanta fama tienen.

—Te gustará.

Sonríe, con una expresión relajada que a veces se le escapa cuando no está bromeando. Se incorpora y me ofrece la mano para levantarme. No la acepto, por vergüenza, pero me pongo en pie a su lado.

El paseo de vuelta al hotel es sereno. Hablamos como si nos conociéramos desde hace años. De las costumbres húngaras más raras, de las palabras impronunciables que ha tenido que aprender por supervivencia, de un músico callejero que se mueve por el metro con un violonchelo atado al pecho y que, según él, debería tener un Grammy solo por tocar en hora punta. Yo escucho, porque es lo que mejor se me da y, lejos de parecerme pesado, me alivia con sus historias.

Cuando llegamos a la puerta del hotel, la calle está casi vacía. Toca despedirse del todo. No creo que lo vuelva a ver jamás. Billy se acerca y me besa la mejilla, despacio. Huele a champú y su voz suena más baja y cercana.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por regalarme una noche tranquila.

—Gracias a ti por sacarme una sonrisa. Y perdón por haberte fastidiado la tuya.

—¿Fastidiado? —me mira, ladeando la cabeza—. Esta ha sido la mejor noche de mi semana. Buenas historias, mejor compañía y cero resacas. ¿Dónde tengo que firmar?

Me echo a reír. Él sonríe. Nos sostenemos la mirada un segundo. Ni un paso más. Ni un paso menos.

—Buenas noches, Lola. Y buen viaje de vuelta.

—Buenas noches, Billy.

Entro en el hotel con las mejillas tibias. Siento que todo pesa menos, aunque mi problema no haya desaparecido. Que esta ciudad, esta noche y este chico raro, guapísimo y encantador, me han hecho un hueco para acogerme y cuidarme justo cuando más lo necesitaba.

CAPÍTULO 9
BILLY

Pedaleo con la bici de alquiler por calles casi vacías, dejando que el aire de la noche me enfríe la cara y me despeje un poco el desorden mental que me ha dejado Lola. No sé cuánto tardo en llegar a casa. Solo sé que no quiero llegar. Que cada vez que freno en un semáforo o sorteo un coche mal aparcado, sigo pensando en ella. En su voz, en sus ojos cargados de cosas que no dice, en su risa rota y bonita. Y en cómo, sin tocarme apenas, ha conseguido despertarme entero.

Reviso el móvil. Veinte notificaciones de mis amigos. Mensajes, memes, audios de gritos celebrando el tercer gol. Me preguntan dónde estoy, que si me he perdido, que si me he liado con una guiri. Me entra la tentación de responder con un «sí», aunque no sea verdad, para que me dejen tranquilo. Luego me pasa por la cabeza otra idea: escribirles, ir al bar donde habíamos quedado, pedir un par de copas, dejarme arrastrar por alguna chica que sonría de más. Esa es mi receta habitual para cuando algo me remueve por dentro. Sexo sin preguntas. Copas sin consecuencias.

Pero esta noche no quiero eso.

Respondo a los chicos con un «Estoy muerto. Me fui directo a casa. Nos vemos mañana» y dejo el móvil a un lado. En realidad no estoy muerto, pero sí un poco tocado…, en otro sentido.

Me ducho rápido. Me tumbo en la cama sin camiseta, dejando que el ventilador me seque la piel y el silencio de la casa me acune.

Mi compañero, Dani, no está. Trabaja en un bar cerca del Bastión de los Pescadores. Me alegro de estar solo, porque lo único que quiero es volver a pensar en ella sin que nadie me lo empañe. En cómo me miró antes de entrar al hotel. En lo suave que fue besarle la mejilla. En lo mucho que me apetecía besarle los labios.

Me duermo con ese sabor en la lengua y acariciándome la entrepierna pensando en ella hasta que me deshago en gemidos sordos y solitarios.

Por la mañana, me despierto con una energía rara. No sé si es ilusión, nervios o simplemente el eco de la noche anterior. Me quedo tumbado un rato, mirando el techo desconchado, con una pierna fuera de las sábanas y el ventilador girando perezoso sobre mi cabeza. Repaso mentalmente nuestras conversaciones como si fueran escenas de una película que no quiero que se acabe. La manera de Lola de decir que escribía para desaparecer, su sonrisa tímida que la hace más bella, y la forma en que se reía cuando no sabía si reírse. El hueco que me ha dejado es cálido y sigue presente, como esas canciones que se te pegan sin saber por qué.

Me levanto sin pereza, cosa rara en mí. Camino descalzo hasta la cocina y echo un vistazo al salón. Todo está manga por hombro: ropa en el sofá, latas vacías sobre la mesa, una toalla tirada en el suelo… Dani sigue dormido en su habitación, se escuchan sus ronquidos como un motor bajo y constante. Me dan ganas de abrir la puerta y tirarle un cojín, pero me contengo. Hoy no me apetece molestar a nadie.

Recojo un poco, barro sin mucho entusiasmo y doblo la ropa que lleva días adornando el respaldo de las sillas. Pongo música en el móvil, una lista al azar, y dejo que la mañana se llene de guitarras suaves y voces rasgadas. Me sorprende no estar de mal humor. Todo lo contrario. Siento esa punzada en el pecho que no molesta, sino que impulsa, aunque no sé hacia dónde. Esa especie de alegría contenida de la que no conoces el motivo.

Bajo a la calle y voy al mercado. Compro fruta, pan y algo de embutido. Saludo al frutero con más simpatía de la habitual. Él me mira raro, pero me da un tomate de más. Casi le doy las gracias cantando.

De vuelta en casa, me preparo un desayuno decente. Tostadas, café, un par de huevos revueltos. Dani aparece en calzoncillos, con el pelo enmarañado y cara de zombi. Le lanzo una magdalena y me río cuando apenas acierta a gruñir algo que suena a buenos días.

—Estás muy feliz tú hoy —dice, con migas aún en la boca.

—No sé de qué hablas —respondo, pero me sale una sonrisa de idiota que no puedo esconder.

Preparo la mochila para las rutas del día. Reviso la *app* de la agencia, las reservas, y relleno mi botella de agua. Salgo tras despedirme de Dani, me monto en la bici y dejo que el aire fresco me despierte del todo.

Pedaleo con ganas. Me siento ligero, como si el cuerpo se hubiera quitado un peso que llevaba encima. Budapest sigue igual de bonita, pero hoy la miro distinto. Todo me parece un poco más amable. Las fachadas, las terrazas, los tranvías que chirrían. Me da por sonreír sin razón. Por silbar. Por pensar que, quizá, esto que siento es solo una tontería, pero que me gusta. Que me gusta ella. Que me gustó cómo se apoyó en mí sin pedir nada, y que, aquí va la novedad, tengo ganas de algo más que una sola noche. Sacudo la cabeza porque no va a haber ni siquiera una y, quizá, esa certeza de que Lola no está a mi alcance es lo que me hace sentirme así. Nos hemos despedido para siempre, no tengo su número, pero algo dentro de mí me dice que aún puedo hacer algo para saber si lo que siento es real o solo está en mi imaginación.

Mientras pedaleo por Király utca rumbo al primer grupo del día, pienso un plan B. Cojo el móvil y marco el número del hotel. Me tiembla un poco la voz cuando pido que le dejen un mensaje.

—Para la señorita Lola… Sí. Dígale que soy Billy. Sí, tome nota en inglés. Espero. —Me hago a un lado con la bici para poder dictar a la recepcionista—. Ok. «Lola, soy Billy. Espero que esta mañana te encuentres mejor. Hoy tengo dos rutas por la tarde y, si te apetece unirte a una, estás invitada. Te dejo mi número. Disfruta de los baños. Espero tu llamada. Un beso. Billy», sí, con B. Gracias, señorita.

Cuelgo y me río solo. Qué desastre de mensaje. Pero ya está hecho. Ojalá venga esta noche. Ojalá diga que sí porque me apetece verla. Su voz me sigue resonando en la cabeza y, aunque no sé qué va a pasar, quiero estar con ella una vez más.

Miro el móvil cada dos por tres. Nada. Imagino que en los baños no lo tendrá con ella y eso me tranquiliza.

Después del primer *tour*, cuando ya he sudado lo suficiente como para no pensar en nada más que en mantener el ritmo, escucho el *ding* del WhatsApp.

Lola

Hola, Billy. Gracias por el mensaje. He ido al balneario

y me ha encantado. Estaba lleno,

pero el agua caliente me ha sentado de maravilla.

Ahora estoy haciendo la maleta porque mañana madrugo.

Solo quería darte las gracias por todo.

Leo su mensaje tres veces. Sonrío. Me detengo en una esquina y le respondo:

Billy

¿Y no vas a despedirte como dios manda?

Estaré esta noche en el barrio judío.

Hay un ruin bar muy chulo a

dos calles de tu hotel. Vente un rato. Solo un rato.

Ella tarda. No mucho. Pero se me hace eterno.

Lola

Lo pensaré. Estoy cansada.

No insisto. Pero dejo el móvil más cerca que nunca. Paso el resto del *tour* con el grupo como si todo fuera normal. Bromeo, hago de guía, me gano aplausos tímidos y algún comentario sobre lo simpático que soy. Pero, en el fondo, solo espero que ella aparezca.

Y aparece, pero no porque haya quedado conmigo.

Cuando vamos al Fogas con el grupo, salgo a la calle mientras los turistas pasean y toman algo. Lola está en la acera de enfrente, delante de una tienda de porciones de pizza. Está pagando y se guarda el cambio mientras da un mordisco rápido a una porción envuelta en una servilleta.

—La de cuatro quesos es mi preferida —le susurro a la espalda, sonriendo, mientras saludo a la dependienta que me conoce por tantas noches con los turistas.

Ella se ríe y niega con la cabeza.

—Tenía un hambre voraz. Y me voy a dormir. Mañana el despertador suena a las cinco.

—Espera un minuto. —Atiendo a uno del grupo en el bar que me estaba buscando, les pido que se tomen algo más, que enseguida vuelvo, y salgo a su encuentro.

Me espera en la calle, con la pizza en la mano y una chaqueta fina sobre los hombros.

—¿Puedo acompañarte?

—Solo son dos calles, creo que no me perderé.

—Mejor. Así no me das tiempo a estropear la despedida.

No hablamos de nada serio, solo tonterías. El sabor de la pizza, el calor pegajoso, lo mal que pronuncia mi nombre la recepcionista del hotel y como le dio la nota con una sonrisita suspicaz en los labios. Nos reímos.

Cuando llegamos a la puerta, me detengo.

—Ojalá tener más tiempo, Lola.

Ella me mira. Traga saliva. Los ojos le brillan.

—A mí también me hubiera gustado conocerte un poco más.

Nuestras miradas se enredan y siento que respiro más fuerte. Me acerco, enmarco su cara con las manos y, esta vez, no le beso la mejilla.

Rozo sus labios con los míos. Solo un instante. Un roce suave. Un adiós con forma de promesa que no sé si vamos a cumplir. Lola abre apenas la boca, lo suficiente para saber que está de acuerdo y la beso hambriento de su sabor. El fuego arde dentro de mí y lucho por mantenerme frío. Quiero que me toque, que me invite a su habitación, que esta noche no acabe. Pero la realidad me golpea. Nada de esto es ahora posible y lo mejor es no seguir. Aun así, alargo el beso animado por sus leves gemidos que me bebería hasta emborracharme de ella. Quiero grabar este momento en mi memoria para siempre.

Nos separamos con los labios hinchados y la mirada encendida.

—Creo que no te voy a poder olvidar, Lola.

—Billy, yo…

—Ssst. —Le pongo un dedo en los labios—. No digas nada. Me quedo con este buen recuerdo, ¿vale? Buen viaje, escritora secreta.

Ella sonríe. Da un paso atrás. Toca mi mejilla y me besa en los labios. Dos pasos más y me mira desde el marco de la puerta.

—Gracias por darme espacio para respirar, Billy.

Y se va. Ahora de verdad.

Me quedo un rato más en la acera, observando cómo espera al ascensor y desaparece en el cubículo, como si así pudiera retrasar la distancia que empieza a crecer entre nosotros.

CAPÍTULO 10
LOLA

Regresar a Madrid no me reconforta. Todo me resulta más ruidoso, más gris. Camino por las calles como si llevara una mochila invisible que pesa el doble que mi maleta, y no tiene ruedas. He dormido poco. He llorado mucho. Y tengo que aparentar lo contrario.

Estos días viajando sola he aprendido a estar conmigo dejando el miedo a un lado y he valorado más que nunca el poder andar por la calle sin ser conocida. Y así quiero que siga. Siempre. También he conocido lo que es prender una llama en el corazón. Tanto escribir de romances en mis novelas y nunca lo había sentido así, como mis personajes. ¿Será amor o solo una ilusión que me ayuda a sentirme bien?

Solo llevo dos días aquí y ya he tenido que quedar con Patricia. Como siempre, nos vemos en una cafetería con cristales opacos del centro, una de esas en las que puedes esconderte entre mesas de mármol y plantas de plástico. Solemos hacerlo así para evitar filtraciones en la editorial, donde todos creen que soy correctora *freelance*.

Ella llega con un traje de chaqueta de etiqueta cara, el móvil en la mano y una sonrisa de más. La conozco. Sé cuándo finge. Hoy se le nota en la manera de sujetar la taza, en cómo no deja de mirar a los lados, por si alguien la escucha.

—Tenemos que hablar en serio, Lola —empieza, sin preámbulos —. Esto se nos está yendo de las manos.

—¿A qué te refieres?

—Las cadenas grandes ya conocen los detalles de la novela y están entusiasmadas. Pero nos exigen una exclusiva. Quieren saber quién eres. Y si no, no lo van a colocar en sus escaparates. Unas dicen que lo sacarán, sí, pero escondido, y otras aseguran que dejarán de vender tus libros. Quieren alguien que vaya a firmar, que se monten colas de lectoras en la calle… Ya sabes, todo eso.

—Entonces que no lo saquen. No me voy a plegar a sus exigencias. ¡Qué digo!, amenazas, porque eso es jugar sucio. No escribo para que ellos ganen dinero, Patri.

—Lola… no puedes tirar por la borda todo lo que has construido. Has llegado lejos y esta novela es tu mejor trabajo. No puedes frenarlo ahora.

No le contesto. Solo la miro a los ojos y noto cómo se le escapa un parpadeo de más, una mueca que no puede contener y que me hace sospechar que no juega limpio, que ya me ha vendido.

—¿Qué has prometido, Patricia?

—¿Cómo?

—¿A quién se lo has dicho? ¿Qué les has vendido? ¿Te han pagado por adelantar que pronto se sabrá quién soy?

—¡Claro que no! —salta. Pero su tono no me convence. Evita mi mirada. Y eso me basta para saber la verdad.

Me levanto. Ella me agarra del brazo.

—Lola, no seas injusta. Nadie quiere perjudicarte. Pero esto es grande. No puedes vivir escondida siempre. L. M. Dickinson ha crecido más de lo que imaginabas.

—Y tú también, ¿verdad?

—No lo hagas personal. Yo estoy de tu lado.

No respondo. Me libero del contacto y salgo del café sin volver la cabeza. Enciendo el móvil, marco el número de Lady Rose y corro a

esconderme en El Retiro, bajo un árbol en el que descansa una ardilla tan solitaria como me siento yo. Ella contesta al segundo tono.

—¿Dónde estás?

—En Madrid. Acabo de ver a Patricia. Creo que ya ha vendido que voy a dar la cara sin mi permiso. Me siento traicionada. No sé qué hacer.

—Cálmate y cuéntamelo todo.

Se lo explico con detalle: las presiones de la editorial, las amenazas de las cadenas, la mirada nerviosa de Patricia. Y mi miedo, sobre todo mi miedo y el sentirme aprisionada, secuestrada en un zulo del que no sé salir.

—Quizá tengas que plantearte algo radical —dice con esa voz suya que siempre parece contar una historia.

—¿Qué quieres decir?

—La opción de aceptar no es lo que deseas, está claro. La otra sería dejar a L. M. Dickinson y empezar de cero. Y la tercera…

—¿Qué estás pensando? —relleno su pausa.

—La tercera…, quizá... buscar a alguien que dé la cara por ti. Como si el seudónimo no fuera una sola persona. Como si L. M. Dickinson fueran dos: tú, la escritora, y otra chica, la cara visible. Una actriz o una amiga. Alguien que sepa hablar en público y no tema a las cámaras.

—¿Estás loca? ¿Y si luego se cree el personaje? ¿Y si le gusta la fama y me lo roba todo? ¿Y si...?

—¿Y si te da libertad?

Respiro hondo. Siento el temblor en mis dedos. Me falta el aire. Me ahogo.

—Piénsalo. Si te seduce la idea, te ayudaré a buscar a la actriz que pueda hacerlo y a redactar un contrato férreo, que no se pueda

quedar con nada de lo que es tuyo. Es arriesgado y por eso hay que hacerlo con cláusulas muy bien pensadas y redactadas.

—Todo esto me supera. Te llamo pronto.

Cuelgo. En mi cabeza solo hay burbujas a punto de explotar. Me encierro en un ataque de ansiedad que solo se calma al mirar hacia las hojas del árbol que se mueven con la brisa. Las cuento para recuperar mi respiración normal hasta que vuelvo a ser persona.

Regreso a casa, me ducho, enciendo el horno, y saco los productos que traje del viaje: queso húngaro, embutido, *páprika* y un par de dulces. Lleno la mesa de platos y sirvo vino. He quedado con las chicas para contarles el viaje que se han perdido. Mis amigas llegan con risas y preguntas que contesto con una sonrisa falsa que ni yo me creo. Pero funciona. Porque les hace ilusión. Y porque al menos durante una cena puedo fingir que todo va bien.

—¡Madre mía, Lola, esto huele que alimenta! —dice Berta apenas entra por la puerta, con las gafas de sol todavía puestas y un aire de diva veraniega.
—¿Tú estás segura de que has estado sola en ese viaje? —pregunta Asun, alzando las cejas mientras observa la mesa llena de embutidos, dulces y vino.
—Claro que sí —miento, fingiendo indiferencia mientras retiro una bolsa del suelo—. Cuando una va sola, se dedica a observar, a comer y a traer regalos como buena amiga.
—O a enamorarse —suelta Leti, sentándose sin quitarse las sandalias, con una sonrisita de quien sospecha demasiado.

Río sin ganas, pero con una mueca que las desconcierta.

—Ay, por favor, que ha sonreído como en las novelas que corrige —dice Berta, sirviéndose vino—. Venga, confiesa. ¿Conociste a alguien? ¿Guapo? ¿Húngaro? ¿Extranjero con acento de los que derriten?
—Conocí a varias personas, sí —digo, echando queso en un plato con una concentración forzada—. En los grupos de los *tours* había gente interesante. Pero lo mejor fue descubrir la ciudad. En serio.

Me ha hecho bien.
—Claro, claro… —musita Asun—. Y ese bien tenía nombre, seguro.

—¿Queréis ver las fotos o vais a seguir montándoos películas por vuestra cuenta? —pregunto, medio en broma, mientras enciendo la televisión.

Pongo las fotos en la pantalla grande. Las imágenes se reflejan una tras otra. Aparecen Budapest, los bares, las calles, los memoriales, el Parlamento. Y cuando entre las luces y los edificios aparece él, mi corazón da un vuelco. Pero finjo que nada pasa. Solo yo sé que esa sonrisa mía no era solo por Budapest. Ahí está Billy. En un par de fotos se le ve de fondo, en otras más cerca, cuando alguien del grupo me pidió el móvil para retratarme. Sonrío sin querer. Siento una punzada en el pecho.

Mis amigas no lo notan. O quizá sí, pero no preguntan. Ceno con ellas. Me río. Pero mi cabeza está con él. Con sus ojos. Con su manera de bromear para salvarme del mundo.

Cuando se van, me quedo a oscuras, en el sofá. Sola y en silencio. Abro el chat de Billy. Tengo varios mensajes sin responder. Los leo uno a uno. Me ha escrito con amabilidad, con humor, con cariño.

Le contesto. Le digo que acabo de ver las fotos y que he pensado en lo bien que lo pasamos. Que me ayudó más de lo que puede imaginar.

Él contesta enseguida:

«Qué alegría saber de ti. No se lo digas, pero me alegro de que tus amigas no vinieran. Quizá no te hubiera conocido. ¿Cómo va el «asunto»?».

Miro el móvil. Lo dejo en la mesa. Lo vuelvo a coger. Y entonces grabo un audio.

—No —le digo, con voz baja—. No estoy mejor. Esta tarde he tenido una reunión horrible. Me están presionando para salir del

anonimato. Me he peleado con mi editora, creo que me ha traicionado. No sé qué hacer. No sé con quién desahogarme. Lo siento si te molesto a estas horas. No tienes por qué escuchar esto.

Estoy a punto de borrarlo. Pero no lo hago. Pulso enviar. Me quedo en silencio. Esperando y arrepintiéndome de habérselo dicho conforme pasan los segundos.

Cierro los ojos con la cabeza apoyada en el cabecero del sofá. Una lágrima apunta a salir. La vibración del móvil aparta mis pensamientos y siento que el corazón me va a estallar. Leo su respuesta. Es corta, precisa y sorprendente.

«¿Y si me hago pasar por ti? Recuerda lo que hablamos: tu talento es escribir y el mío es ser el alma de la fiesta. Un *win-win*».

Me quedo mirando el móvil.

¿Está hablando en serio? ¿O será otra de sus bromas para quitarle hierro al asunto? ¿Puede ser...?

No sé si reír o llorar. Si se abre una rendija de luz en medio del caos mental que me nubla. Es lo más extravagante que me han sugerido jamás. ¿Lo dirá en serio? Una carcajada atronadora rompe el silencio y me rio, me rio hasta soltar los nervios que me han estado ahogando los últimos días. Me pregunto, ¿y si sí?

CAPÍTULO 11
BILLY

Las puertas automáticas del aeropuerto se abren con ese suspiro mecánico que parece tragarse el mundo. Me paro un momento. Hay demasiada gente y, aun así, me siento como si todo el ruido se apagara por dentro. No sé si es por el viaje, por lo que me espera o por lo que puede pasar. Pero tengo esa tensión en el pecho que solo aparece cuando estás a punto de cruzar una línea invisible. Como si ya no pudieras echarte atrás.

Durante años, los aeropuertos me sirvieron para escapar, los asociaba al adiós, a huir, a ese vértigo incómodo de quien no sabe si lo que deja atrás pesa más que lo que va a encontrar. Mudarme a Budapest fue un acierto y sé que no me voy para siempre, que aún no vuelvo a España. Esta vez no siento que esté escapando de nada. Hoy viajo hacia algo, para ayudar a una.., ¿amiga?, o a dar una vuelta de tuerca más a mi vida, que ha cambiado tantas veces. Hoy viajo para poner la cara por alguien que escribe para desaparecer. Y, de paso, a ver si entiendo por qué no puedo quitármela de la cabeza.

Lola me dejó en visto durante un día entero. Un día. Veinticuatro horas que se estiraron como si fueran una semana entera. Y no lo digo con reproche. Entiendo por qué no respondió enseguida. No todos estamos hechos del mismo material. Yo me lanzo. Ella piensa. Yo improviso. Ella mide. Pero ese silencio suyo me hizo pensar más allá del impulso que tuve cuando le sugerí ser la imagen de su

seudónimo. Me obligó a sentarme, a reflexionar, a buscar en internet cómo funciona eso de los autores que se ocultan. Busqué ejemplos. Leí artículos e historias diversas y escuché entrevistas de escritoras que se escondían tras nombres ambiguos.

Y no me pareció una locura.

De hecho, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. No solo porque la protegería, sino porque también sería divertido y un reto para mi faceta de cómico frustrado. Un juego compartido, una forma de estar cerca de ella y conocerla, que es lo que más deseo. Porque sí, también lo pensé: si la dejo sola en esto, quizá se aleje de mí para siempre. Y no quiero eso.

Así que la llamé al día siguiente.

Estaba a punto de colgar cuando respondió. Tenía la voz temblorosa. Dijo que lo estaba pensando, después de asegurarse de que yo iba en serio. Me hizo ver que no se trataba de cualquier cosa, que requería de un gran compromiso y que esto podía volverse en su contra. Pero también noté algo más al fondo de su voz. Un hilo de ilusión. De confianza. Como si mi propuesta pudiera salvarla.

Eso bastó.

Sé que ambos corremos muchos riesgos y que ella se juega mucho más que yo en caso de que se descubra esta alianza. Quedamos en hablarlo en persona con la editora y un abogado para que el contrato recoja todos los detalles y posibles problemas que puedan surgir. Me gusta eso de que no deje nada al azar, sin prevenir, porque no me conoce y esto es algo vital para ella. Es su vida, su reputación y, para mí, una responsabilidad absoluta.

Y ahora estoy aquí, una semana después. Con la mochila a la espalda, el móvil en la mano, buscándola entre la gente. Hasta que la veo. De pie, junto a una columna. Tiene el pelo suelto y una expresión contenida, como si no supiera muy bien si saludar o salir corriendo. Me acerco. Ella levanta la mano con una sonrisa escueta,

apenas un reflejo de lo que me gustaría ver. Me detengo delante. Nos miramos.

—Hola —dice, bajito.

—Hola —respondo. Y entonces, sin pensarlo demasiado, me inclino y le doy un beso en la mejilla.

Ella se queda quieta un segundo. Luego me sonríe, esta vez con algo más de luz.

—¿Vamos?

—Vamos.

No se cuelga de mi brazo ni yo intento tocarle la espalda. Caminamos en paralelo, con el tipo de distancia que se deja cuando uno aún no sabe cuánto puede acercarse. El camino al metro es corto. Su piso, más corto aún. Lo ha preparado todo. Me dijo que me quedara allí para ahorrarme el hotel, que hay una habitación de invitados libre y que así ahorramos complicaciones.

Cuando entramos, me sorprende lo acogedor que es todo. Es un piso pequeño, sí, pero lleno de detalles que hablan de ella: cojines en tonos tierra, plantas, libros por todas partes y una manta color hueso doblada en el respaldo del sofá.

—Es muy tú —le digo.

—¿Y eso qué significa?

—Que es bonito sin querer llamar la atención. Como tú.

Ella frunce la nariz, divertida, pero no responde. Dejo mi mochila en la habitación de invitados y me enseña dónde está el baño, el salón, la cocina. Luego pedimos comida a domicilio.

—No tengo fuerzas para salir hoy —dice.

—Ni falta que hace. Yo estoy aquí por ti, no por los bares de Malasaña.

Nos sentamos a cenar en la mesa del salón los dos Pad Thai que nos acaban de traer. Nos reímos cuando abro la cerveza y se me desborda. Ella se sirve una copa de vino y lo hace como si llevara años practicando. La conversación va fluyendo poco a poco. Primero sobre cosas triviales. Luego más serias. Hasta que llegamos al asunto que nos ha traído hasta aquí.

—Tengo muchas dudas, Billy —dice, jugando con la servilleta entre los dedos—. Me da miedo todo esto. Y me da miedo que me dejes sola en medio de una movida que tú no tienes por qué cargar. ¿Sabes?, no sé nada de ti y no sé si aguantarás la presión. No es una obra de teatro que termina en dos horas y te vas a casa, es que la actuación va contigo y puede durar tiempo. Mucho tiempo, porque yo voy a seguir escribiendo.

—Yo no cargo nada que no quiera —le respondo—. Si hago esto, es porque me apetece. Porque me parece una idea brillante. Y porque me caes bien. Además, mi porcentaje no está nada mal. Para mí es un trabajo y, como tal, responderé con responsabilidad.

—Ya, pero no olvides que será tu cara, tu nombre y que investigarán sobre tu vida. Aunque no salga el real, serás tú en los eventos. Tú, el que hablará con la prensa y el objetivo de los *paparazzi*.

—Y tú la que escribes. Lo haremos como equipo. Igual que tú eres L. M. Dickinson y nadie lo sabe, ahora Dickinson tendrá dos almas. La que crea historias y la que las representa, como los monólogos en el teatro. He leído que hay casos de autoras que en realidad son un equipo de gente.

—Serás como una especie de Cyrano moderno —murmura.

—Pero sin nariz gigante y sin esconderse por vergüenza, sino por convicción. Además, tú tienes el talento. Yo solo soy el envoltorio.

Nos miramos un segundo. Algo se suaviza en sus ojos.

—Habrá que inventar una biografía literaria —dice—. El guía turístico que escribe novela romántica en sus ratos libres…

—Podría funcionar. Aunque no sé si alguien se lo creería. O sí, no sabes la de historias que me cuentan los turistas —sonrío.

—No te pega nada escribir historias de amor.

—Exacto. Esa es la gracia.

—Va a ser un bombazo. A las lectoras les encantan los hombres que escriben romántica.

Nos reímos. Ella parece un poco más relajada.

—¿Y tú vas a leer alguno de mis libros antes de firmar el trato? —continúa—. Todavía no sabes cómo son mis novelas.

—Voy a leerlas todas. Tengo que saber de qué voy a hablar, ¿no crees? Conocer todos los detalles…, y, además, me muero de curiosidad. Ya te lo dije una vez: me gustaría leerte —y lo digo con un doble sentido que no sé si capta.

La noche se va volviendo lenta, como si el tiempo se estirara para dejarnos respirar. Ella bosteza sin querer. Yo la miro. Me entran unas ganas locas de acariciarle la mejilla, de cogerle la mano, de besarle los párpados y decirle que todo va a salir bien. Pero no hago nada. Porque también me gusta esto. Esta intimidad sin prisas. Este inicio que no quema, que no duele, que no exige. Si puede haber algo entre nosotros, que sea el tiempo quien lo diga. Quiero hacer bien mi trabajo y no estropearlo por hacer caso a mi polla, como me suele pasar. Esta vez no.

—Gracias por venir —me dice, con voz baja, mientras se levanta para irse a su cuarto.

—Gracias por acogerme.

—Nos vemos mañana. Tenemos mucho que planear. A las diez hemos quedado con Patricia.

—Ok. Buenas noches.

La veo desaparecer por el pasillo y mientras me quedo allí, en el salón, con la sonrisa tonta de quien no sabe qué le espera, pero

siente que, sea lo que sea, vale la pena intentarlo.

CAPÍTULO 12
LOLA

El despacho del abogado está en un edificio antiguo, con techos altos y suelo de madera que chirría, en pleno barrio de Salamanca. Huele a cerrado y eso me agobia. Estoy nerviosa. Muy nerviosa. Llevo las manos entrelazadas sobre el regazo y los dedos fríos. Billy se ha sentado a mi derecha y Patricia, al otro lado de la mesa, saca unos papeles de su carpeta azul con movimientos seguros, como si estuviera a punto de ofrecernos una receta mágica.

—Bueno, ya tenemos todo listo —dice—. El contrato está redactado según lo que hablamos. Pero antes de firmar, quiero repasar algunos puntos clave. Y haceros una propuesta.

Billy y yo cruzamos una mirada breve. La suya es tranquila, la mía... no sé cómo es la mía.

—Hemos pensado que, para mantener el secreto y facilitar toda la parte pública, lo mejor sería que tú, Lola, acompañes a Billy como su asistente personal —explica Patricia—. Así tendrás acceso a todo, podrás corregir detalles en tiempo real, resolver dudas, ayudar en entrevistas y mantener el control de la narrativa. Nadie sospechará que tú eres la autora, solo verán a la persona que le lleva la agenda y le pasa las preguntas, siempre desde la retaguardia.

—¿Mi asistente? —murmura Billy, sonriendo, y se gira hacia mí—. Suena a película de espías.

Le fulmino con la mirada, pero no puedo evitar sonreír también.

—Peor aún, suena a que voy a tener que llevarte el café —le susurro.

—Si lo haces con cariño, no me quejaré. Ah, y que sea sin azúcar, por favor.

—Chicos, en serio —interrumpe Patricia, divertida pero firme—. Esto no es un juego. Lo que vamos a hacer es delicado. Si lo hacemos bien, puede ser brillante. Pero si lo hacemos mal… puede volverse contra todos y la editorial no nos lo perdonará. Ni las lectoras… Cariño, tu carrera está en juego.

Patricia coloca ambas manos sobre la mesa, entrelazando los dedos con gesto firme, y nos mira con esa expresión de quien lleva días pensando en todo lo que está a punto de decir.

—Bueno, seamos serios. Ya tenemos todos los puntos definidos. —Hace una breve pausa—. Pero antes de dar ningún paso, os lo repito, necesito que estemos los tres en la misma onda, que entendamos lo mismo. Esto no es una promoción más. No es una campaña cualquiera. Esto… es una jugada arriesgada a largo plazo.

Siento que me sudan las palmas. Billy no dice nada, pero noto cómo cambia la postura. Se ha echado hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa y la mirada fija en Patricia, atento. Por un momento, parece un ejecutivo a punto de cerrar una fusión millonaria, y no un guía turístico que se va a hacer pasar por un autor de novela romántica.

—Quiero que todo esté claro —continúa ella—. A partir de ahora, Billy será la cara visible de L. M. Dickinson. Eso implica entrevistas, redes sociales, eventos, grabaciones… todo lo que conlleva una exposición pública. No tendrás horario fijo y la gente te molestará cuando te reconozca por la calle, tendrás que hacerte fotos con las fans y un largo etcétera. ¿Lo tienes claro?

—¿Y si alguien sospecha? —pregunto.

—Nadie lo hará. Nadie lo ha hecho hasta ahora, ¿no? —responde con un gesto de confianza—. Llevamos años protegiendo este

secreto. Y ahora lo convertiremos en parte de la historia. No diremos que L. M. Dickinson son dos personas. Si alguien sospecha, decimos que es un proyecto compartido. Y nadie tiene por qué saber quién hace qué. Pero no creo que lleguemos a eso si los dos hacéis bien vuestro papel.

Billy sonríe, relajado.

—¿Tengo que ensayar una forma de hablar profunda y sensible? ¿Aprender a decir «la ternura es un acto de rebeldía» con cara de poeta, como si estuviera en las nubes?

¿Es que nunca puede hablar en serio? Patricia le lanza una mirada afilada.

—Tendrás que hacer algo más que eso, pero sí. Vas a tener que aprender a parecer un autor de novelas románticas. Aunque no escribas ni una sola línea.

—Oye —dice él, alzando las manos en señal de paz—, que soy más sensible de lo que parezco.

Yo no puedo evitar reír. Su desparpajo me relaja.

—Y tú —añade Patricia, volviéndose hacia mí—, serás su asistente, como ya te he dicho. Repasemos: oficialmente, eres la persona que le acompaña, que gestiona su agenda, que se ocupa de que todo esté en orden. Pero, en realidad, serás los ojos y los oídos del proyecto. Vas a estar al tanto de todo. Supervisarás cada palabra, cada frase, cada gesto que pueda comprometer la historia que estamos construyendo.

—O sea, que además de escribir, tengo que controlar a este hombre —digo, medio en broma.

—Buena suerte con eso —responde Patricia, y los tres reímos.

Pero después de la risa, vuelve el silencio. Uno denso, que sabe a vértigo.

—Por última vez, ¿estáis seguros? —pregunta ella.

Billy asiente primero.

—Yo sí. Más que nunca.

Yo tardo unos segundos más. Mi corazón va a mil, pero siento dentro una chispa de valor. No sé de dónde viene, pero ahí está.

—Sí. Estoy segura.

Patricia asiente con seriedad y se levanta de su asiento.

—Perfecto. Entonces lo hacemos oficial.

Sale por una puerta lateral y, al cabo de un par de minutos, entra de nuevo acompañada por un hombre que no conozco. Es de mediana edad, viste con camisa clara y americana gris. Lleva una carpeta de cuero bajo el brazo y un portátil en la otra mano. Camina con eficiencia y se presenta con un apretón de manos rápido.

—Buenas tardes. Soy Carlos García, abogado de la editorial Aurora. Traigo el borrador final del contrato para su firma.

Se sienta junto a Patricia, enciende el portátil y lo coloca entre nosotros. Revisa un par de cosas en silencio mientras nosotros contenemos la respiración. El sonido del teclado es lo único que se escucha durante unos segundos.

—Bien. He preparado dos copias del contrato. Cada uno tendrá la suya. —Abre el armario a su espalda, donde hay una impresora, y en pocos minutos empieza a salir el documento, hoja tras hoja—. Os recomiendo que lo leáis con calma antes de firmar, sobre todo las cláusulas de confidencialidad y de posesión de los derechos. Está todo tal y como acordasteis, pero si hay algo que queráis revisar, este es el momento.

Coloca las copias frente a nosotros. El papel aún está tibio.

Billy y yo nos miramos. Y entonces, empezamos a leer.

El silencio pesa. Paso las páginas con lentitud, deteniéndome en cada cláusula. Me cuesta concentrarme. Las palabras se enredan unas con otras. Tengo miedo de firmar algo que cambie mi vida para

siempre. Porque esto lo cambia todo. No es solo un papel. Es una renuncia, una entrega, una apuesta. Es confiar en otro para que lleve mi voz, la cara de mi otro yo, mi obra. Nunca he hecho algo que necesite tanta confianza en otra persona y se la estoy entregando a alguien a quien apenas conozco.

De vez en cuando levanto la mirada. Billy está concentrado, con el ceño fruncido. Recorre cada párrafo con el dedo y asiente en silencio. No parece nervioso, pero yo lo estoy por los dos.

Cuando terminamos, él me mira, sin dejar de sonreír.

—¿Lo hacemos?

No sé por qué esa pregunta me hace temblar. Quizá porque no habla del contrato. Habla de todo. De lo que viene, de lo que se arriesga. De esta locura compartida.

Patricia levanta una mano antes de que firmemos.

—Esperad. Último aviso. Tenemos que estar al cien por cien seguros. Esto no se podrá deshacer sin consecuencias. No hay vuelta atrás.

Siento un pellizco en el corazón. No de miedo. Es más bien como una certeza. Una voz interior que me dice: *confía*. Y lo hago.

Firmamos. Los dos. Primero yo. Luego Billy. La pluma resbala con lentitud sobre el papel y cuando acaba el trazo, siento que algo dentro de mí se libera. O se entrega. No lo sé.

Salimos del despacho con una sensación extraña, como si el mundo hubiera cambiado sin que nadie lo note, excepto nosotros.

—Bueno —dice Billy—. ¿Esto se celebra, no? ¡He conseguido trabajo! —bromea.

—Se celebra —respondo.

Vamos a comer los tres a un restaurante pequeño, con manteles de cuadros y camareros que nos miran con la prisa en los ojos.

Pedimos vino, brindamos sin hacer demasiado ruido, susurrando lo que es secreto. Patricia está radiante.

—A ver —dice, sacando su agenda de mano—. Tengo algunas fechas ya cerradas. La presentación será dentro de tres semanas. Coincidirá con el lanzamiento de la novela. Haremos un evento bonito, íntimo pero con prensa, y ahí se anunciará oficialmente la llegada de L. M. Dickinson a España. Y tú, Billy, serás el protagonista.

—Vaya, qué presión —responde él, aunque sonríe.

—No te preocupes. El equipo de comunicación te ayudará. Ensayaremos entrevistas, te prepararemos frases clave… —mira a los dos—. No estáis solos.

—Y yo... ¿qué hago? —pregunto.

—Tú te conviertes en la sombra. La que escribe. La que guía. La que observa desde detrás del telón —dice Patricia, y me mira con una ternura extraña—. Pero recuerda: tu talento es lo que ha hecho posible todo esto. Billy no puede decir nada que tú no apruebes.

Después del postre, Patricia menciona que Billy en breve recibirá una transferencia como adelanto y le recomienda que aproveche para comprarse ropa adecuada para las presentaciones.

—Te va a hacer falta más de una camisa planchada —dice.

Él se ríe y su cara se ilumina. Quiero comérmelo a besos a pesar del miedo a tocarlo y romper la burbuja…, y el trato.

—¿Estás insinuando que mi camiseta de Freddie Mercury no es lo bastante profesional?

—Estoy afirmándolo con rotundidad —responde seria y luego sonríe. Está pletórica con este trato.

Nos despedimos de Patricia que corre a su despacho a organizarlo todo, con la ilusión de una niña pequeña. Nosotros pasamos la tarde paseando por el centro, entrando en tiendas, probando ropa,

riéndonos más de la cuenta. Él hace chistes con cada traje que se prueba. Hay uno que le queda tan bien que me quedo mirándolo unos segundos de más, está impresionante. Él lo nota. Yo finjo que no.

—Perfecto, pero para el papel de autor de romántica te veo más con pantalón y camisa. Unos cargo o vaqueros. Algo más informal. El traje solo para eventos formales. ¿Qué opinas?

—Que tú mandas, jefa.

Le dedico un gesto de pocos amigos y me giro a mirar unas camisas que no veo porque mi mente está en él, en su cuerpo, en esta cercanía extraña que vamos a compartir a partir de ahora y que me gusta e incómoda a la vez. ¿Qué he hecho?

Salimos con dos bolsas de ropa nueva a cargo de la editorial y una sonrisa nerviosa que nos cuesta mantener a los dos.

Más tarde, en una tienda de libros, se detiene frente a la estantería de novela romántica. Me mira de reojo.

—Esta noche empiezo a leerte —susurra a mi oído para que nadie más lo escuche.

Yo me limito a sonreír.

Ese será otro salto al vacío. Pero por ahora, tengo suficiente con este.

CAPÍTULO 13
BILLY

No sabía que leer podía dejarme tan tocado. Lo hago por la mañana, nada más despertarme, cuando el piso aún huele a café recién hecho y Lola anda por ahí en silencio, metida en sus cosas. Me quedo en la habitación que me ha preparado, con una manta por encima y el libro abierto sobre las piernas. Y no leo por obligación. Leo porque me atrapan las historias.

Sus novelas, las de L. M. Dickinson, aunque ahora me cueste separar ese nombre de la mujer que duerme a metros de mí, ablandan todas mis armaduras contra los sentimientos. No solo por las historias que cuenta, sino por cómo las cuenta. Escribe con una verdad que abruma. Con una dulzura que no empalaga, con una tristeza que no hiere, pero deja marca. Me descubro subrayando frases. Deteniéndome en párrafos que parecen pensados para mí. Es raro, intenso y hermoso.

Durante el día, tenemos sesiones con Patricia. Algunas más formales que otras. Ensayamos posibles entrevistas, cómo responder a preguntas delicadas y cómo improvisar sin meter la pata. Yo intento seguirle el juego, pero me cuesta tomármelo en serio. Me sale el humor por los poros y no puedo evitar soltar chascarrillos. Patricia pone los ojos en blanco, pero sé que, en el fondo, se ríe. A veces incluso Lola se tapa la boca para no delatarse. Saben que es la única forma que conozco de disipar los nervios.

—No puedes responder con un «ya veremos si me da por escribir otra» —me dice Patricia con el ceño fruncido.
—¿Y si soy un artista de la espontaneidad? —replico yo—. Lo mío es el misterio.

Ella resopla y me lanza un bolígrafo. Yo lo atrapo al vuelo. Lola se ríe y, por un momento, me siento como un adolescente gamberro que quiere que la chica de al lado no deje de mirarle.

Salgo a correr por las mañanas o al caer la tarde, según el horario de reuniones. Lo necesito. Me ayuda a procesar lo que estoy viviendo, a encontrar un poco de aire. Porque esto es mucho más de lo que esperaba. Y no por la presión, que también, sino por lo que me está removiendo por dentro.

Recibo mensajes de mis amigos de Budapest todo el rato. Que si cuándo vuelvo, que si me he vuelto un pijo, que si me han visto por TikTok (falso, de momento, ya verán dentro de unos días). Me dicen que me echan de menos en las juergas, que se aburren sin mí. Les contesto con audios cortos, excusas tontas, cualquier cosa menos la verdad. Porque, en el fondo, yo también los echo de menos. Pero ahora mismo estoy en otro lugar. Literal y emocionalmente.

Por las noches, Lola y yo vemos pelis o hablamos de libros que debo conocer y de su forma de trabajar para que la explique como si fuera mía. Ella se sienta en el sofá con los pies sobre mis piernas y yo finjo que no me afecta, que no noto la calidez de su piel, ni la forma en que se acomoda sin darse cuenta, ni ese olor a mandarina que lleva en el pelo cuando sale de la ducha. A veces me acaricia el tobillo con el talón, sin querer. O yo paso la mano por sus pies como si espantara una mosca. Y luego me disculpo, nervioso.

—Perdona —le digo.
—Tranquilo —responde con esa sonrisa que se me cuela bajo la piel —. No ha sido nada.

Mentimos los dos. Porque claro que ha sido algo. Hay electricidad entre nosotros. Hay tensión. Y, al menos por mi parte, hay deseo.

Pero también siento algo más delicado que no quiero estropear por lanzarme a lo de siempre.

Anoche, mientras ella bostezaba y yo le ponía una manta encima, me dieron ganas de cobijarla entre mis brazos. De besarle la frente y quedarme así, con su respiración lenta marcando mi noche. No lo hice. Me guardé las ganas. Porque, aunque el deseo me araña, no quiero romper esto que tengo ahora por más que la bragueta me apriete y tenga que ducharme más de una vez para aliviar con la mano lo que Lola me provoca.

Es viernes y me levanto pronto para preparar el desayuno. Lola aparece con el pelo enmarañado y cara de sueño, sorprendida porque suele madrugar más que yo. Le digo que me voy a Cartagena el fin de semana para ver a mis padres y contarles lo que viene y no les pille por sorpresa. Todavía no los he visitado desde que estoy en España y los echo de menos.

—¿Les vas a decir la verdad? —me pregunta, apoyada en el marco de la puerta de la cocina.
—No toda. Solo lo suficiente para que no se asusten cuando vean mi cara en la tele o en Instagram. Además, no puedo volver a España y no ir a verlos.
—Claro, claro, debes ir. ¿Y crees que se lo tomarán bien?
—Se sorprenderán de saber que su hijo escribe novelas románticas, igual que el resto de mis conocidos. Van a flipar… Voy a ser objeto de burlas de algunos, me lo veo venir —sonrío—. Y mi familia…, mi madre dirá que por fin tengo un trabajo serio. Mi padre pondrá la misma cara que cuando dije que me gano la vida enseñando bares a los turistas en Budapest: incredulidad y decepción. Pero ya están acostumbrados a mis giros de guión, así que no creo que les sorprenda. Me quieren como soy, espero. Y con eso basta.

Ella asiente tras mi *speech*, pero no dice nada. Yo tampoco. Aunque me apetece ver a los míos después de meses, no quiero irme de su lado. Me gustaría quedarme aquí, en este limbo extraño donde todo está empezando. Pero toca hacer las cosas bien.

El tren sale temprano. Paso los dos días del fin de semana con mi familia y veo a algunos amigos. Cuento lo justo solo a mis padres para que no se sorprendan cuando salga en los medios. Me invento parte de la historia, como ensayamos con Patricia. Ahora soy el guía turístico que escribe novelas románticas para evadirse entre *tour* y *tour*. Mi madre llora emocionada; conoce a L. M. Dickinson y está que no se lo cree. Mi padre me mira con orgullo, aunque solo me diga que por qué románticas y no *thriller*, como si eso fuera más de machotes, y me reproche no haberlo dicho antes. Al menos no he visto la decepción en sus ojos.

—No es que no confíe en vosotros, es que mantenerlo oculto era parte del trato con la editorial —les explico una verdad a medias que los deja satisfechos—. Pensaron que no vendería igual al ser hombre y han guardado esa baza hasta saber si tenía éxito. No creáis que me ha costado levarlo en secreto.

—Ya decía yo que eso de ser guía no puede darte lo suficiente para vivir.

Sonrío porque me da lo suficiente, lo que necesito para vivir libre y tranquilo, aunque él no lo crea. Pero no lo desmiento. En el fondo me gusta que dejen de preocuparse por mí y el brillo de orgullo que noto en sus ojos compensa todo lo demás. Aunque sea una mentira. Creía que jamás lo vería. Y todo gracias a Lola.

Paso la tarde del sábado con una amiga de toda la vida, Eva. Nos conocemos desde que íbamos al instituto, cuando yo era el típico gamberro con encanto y ella la empollona que corregía a los profesores en voz baja. Ahora se dedica a cosas serias —trabaja en un hospital—, pero sigue teniendo ese punto irónico que me encanta. Quedamos en el paseo marítimo y nos sentamos en una terracita con vistas al puerto. Hace calor, pero corre brisa. Pedimos cerveza con limón y unas bravas.

Le cuento que he vuelto por trabajo, sin especificar demasiado. Le digo que no es algo estable y que tal vez regrese a Budapest en unos días.

—Ajá —dice ella, entrecerrando los ojos—. Me estás vendiendo la moto, pero no cuela.

—¿Qué es lo que no cuela?

—Que hayas venido solo por trabajo. Vamos, Billy… —se inclina hacia mí con una sonrisa y su mirada fija en mis ojos como si pudiera leer en ellos—. Tienes cara de haber caído.

—¿Caído dónde?

—Enamorado, capullo. ¿Seguro que estás en Madrid por trabajo o es que te ha arrastrado una chica?

Yo me rio, pero no contesto.

—Venga ya, suéltalo. Que a mí no me engañas. Si tienes esa cara de idiota que pones cuando te mola alguien. Te conozco.

—Puede que haya alguien —confieso, dándole un sorbo a la cerveza—. Pero es tan complicado que prefiero no pensar en ello.

—¿Complicado cómo? ¿Está casada? ¿Vive en Marte?

—No. Es... algo diferente. Con ella todo es distinto a lo que he vivido antes. Tiene una forma de mirar el mundo que me fascina. Se esconde porque no tiene ni idea del efecto que causa en la gente. Es lista, dulce, y podría mirarla durante todo el día sin cansarme.

—Hostia. Estás jodido.

—Eso parece.

Eva me mira en silencio unos segundos más. Luego, frunce los labios.

—¿Y ella sabe que estás tan colgado?

—No creo. Y si lo sabe, lo disimula muy bien.

—Entiendo… ¿Has pensado qué vas a hacer?

—Lo que pueda. Y lo que ella me deje. Lo curioso es que no tengo prisa por nada.

—¿Eso quiere decir que no ha habido nada entre vosotros?

—Aunque te parezca increíble, no hemos pasado de unos besos. ¡Pero, qué besos! —sonrío para bajar la tensión que siento ahora. Si Eva se entera de que vivo con ella y no nos hemos acostado, va a pensar que me ha pasado algo grave o que soy un impostor. ¡Qué ironía! En cuanto dé la cara como L. M. Dickinson seré un impostor en toda regla. No, prefiero pensar en que solo seré un actor.

Nos quedamos un rato cada uno con sus pensamientos, mirando cómo el sol empieza a bajar sobre el mar. Eva juega con el posavasos entre los dedos.

—Solo te digo una cosa, Billy: si esta chica te hace sentir así, no seas tonto. No huyas y déjalo fluir. Yo no puedo estar más contenta con mi Ernesto. Y mira que le costó conquistarme.

—Qué me vas a contar, si no intervengo, aún estaría babeando por ti.

Me tira una servilleta como reproche mientras se ríe.

—Inténtalo, Billy. Por lo que veo en tus ojos, seguro que merece la pena.

La miro. Tiene razón. Lo sé.

—Gracias, Eva. Por seguir diciéndome lo que no quiero oír.

—Para eso están las amigas de verdad.

Brindamos en silencio. Y yo me quedo con esa frase en la cabeza durante todo el camino de vuelta a casa: *no huyas*. *Merece la pena*.

No contesto. Sonrío y miro al mar. Y me doy cuenta de que echo de menos a Lola. Mucho más de lo que imaginaba. Ojalá poder compartir con ella este paseo junto al mar, comer el mejor caldero cartagenero preparado por mi madre y reír con las bromas de mi familia. Seguro que Lola les encanta.

Llego a Madrid el domingo por la tarde con la cabeza llena de ideas y el cuerpo en modo «vamos a por todas, esto no tiene vuelta

atrás». Miro el móvil sin parar, esperando un mensaje suyo. No hay nada aún. Pero sé que pronto empezará lo gordo. Y, aunque sé que me he metido en un fregado inmenso, no me asusta.

Porque esta vez tengo una historia que merece la pena contar y, sobre todo, una autora a la que quiero amar.

CAPÍTULO 14
LOLA

Me tiembla el pulso mientras me pongo los pendientes. He elegido unos pequeños de perla que apenas se notan, que me regaló mi hermana cuando gané un concurso de relatos y decidí seguir escribiendo. Dicen que las perlas dan suerte. Yo ya no sé en qué creo. Solo sé que hoy todo me parece un sueño tan grande como frágil.

Desayunamos tarde. Billy se ha ofrecido a hacer el café y ha preparado tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos, aunque apenas las pruebo. Me dice que tengo cara de susto. Yo le respondo que es mi cara habitual. Sonríe. Sonrío. Pero por dentro hay un torbellino. Porque es el día. *El día*. Y no sé si quiero que llegue o que pase lo más rápido posible.

Durante semanas, la editorial ha sembrado el misterio como quien prepara una ceremonia mágica: ni portada, ni título, ni nombre. Solo una promesa: un evento que «cambiará el panorama literario de la novela romántica en España», según la nota de prensa. Cada anuncio era un golpe de tambor. Y ahora suena el redoble final. Y Billy y yo somos los conejos que deben salir de la chistera.

A las siete en punto, un coche negro nos recoge en la puerta. Él lleva americana azul marino y camisa blanca, sin corbata. El pelo algo despeinado, pero no por descuido. Está todo estudiado al milímetro. Hay algo en su manera de arreglarse que me resulta increíblemente auténtico. Yo he elegido un conjunto negro de dos

piezas, sencillo y elegante. Nada que llame la atención más de la cuenta para mi papel de asistente abnegada y discreta.

En el ascensor, intento no mirar su reflejo en el espejo, pero lo hago. Siempre lo hago. La chaqueta azul resalta aún más el color de sus ojos, y huele tan bien que necesito concentrarme en contar mentalmente hasta diez para no decir una estupidez. Si supiera la de veces que he imaginado acariciarle la nuca cuando no me ve…

—Estás guapísima —me elogia Billy cortando el hilo de mi pensamiento. Me mira de arriba abajo, cuando se abre la puerta del cubículo al llegar a la portería.

—Y tú pareces un escritor de verdad —le devuelvo, con una media sonrisa.

—¡Ey! Lo soy. O casi.

Ríe. Yo también. Nos hace bien reír. Es el último respiro antes del salto.

Compartimos el asiento trasero con más distancia de la necesaria, como si los dos supiéramos que si nos rozamos, aunque sea sin querer, algo se va a encender. Billy no deja de mover una pierna, nervioso, y yo intento pensar en otra cosa, pero su rodilla casi roza la mía y me dan ganas de pegarle un grito o un beso. No sé cuál de las dos cosas me asusta más.

El coche nos deja en la puerta lateral de un antiguo teatro reconvertido en espacio cultural en el corazón de La Latina. Tiene una fachada de columnas blancas y puertas doradas, y un patio interior donde ya se arremolinan periodistas, *influencers* y lectores invitados. Las luces proyectan formas sobre las paredes y hay carteles enormes con el logotipo de la editorial y el lema del evento: *«Cuando las palabras esconden un secreto».*

Desde bambalinas, todo parece aún más irreal. El escenario está cubierto por un enorme telón negro. En el centro, sobre un pedestal giratorio cubierto con una lona de terciopelo, aguarda la novela. O,

mejor dicho, su identidad. Nadie conoce ni el título, ni la portada, ni el autor real, solo el nombre ficticio: L. M. Dickinson.

Me aparto unos pasos mientras los técnicos revisan luces y sonido. Pero aun así lo busco. Y ahí está. De espaldas, mirando el escenario con esa mezcla de seguridad y miedo que solo él podría combinar tan bien. Se gira y me mira. Y no hace falta que diga nada. En esa mirada hay un «lo haremos bien», pero también hay un «ojalá pudiera cogerte de la mano ahora mismo».

Patricia va y viene con su *tablet*, nerviosa pero ilusionada. Nos lanza miradas y pulgares en alto. A Billy le han puesto un pequeño micrófono de diadema. A mí me han dado un pase colgado al cuello con la palabra «Asistente». Me arde la piel al verlo. Él me aprieta la mano.

—Tranquila. Lo vamos a petar.

—¿Y si te olvidas de lo que tienes que decir?

—Improvisaré. Para eso me pagan. Bueno, todavía no, pero todo llegará. —Guiña un ojo. No sé quién está más nervioso de los dos.

La música empieza. Una melodía instrumental suave y ascendente. El público se acomoda. Las cámaras de fotos relucen desde la penumbra. Una de vídeo apunta directamente al escenario. Las redes de la editorial hacen conexión en directo. Y yo siento que me estoy disolviendo por dentro.

Sale Patricia. Firme, sonriente y, como siempre, impecable. Toma el micrófono.

—Queridas lectoras, medios, amigas y amigos del libro... Gracias por estar aquí esta noche. Llevamos semanas preparando este momento con la emoción de quien sabe que algo grande está a punto de suceder. Hace cinco años, una persona con mucho talento comenzó a publicar en nuestro sello desde el anonimato, bajo el seudónimo de L. M. Dickinson. Hoy, esa voz literaria ha conquistado a miles de lectoras y lectores. Y esta noche, por fin, vais a descubrir

a la persona que está detrás de ese nombre. Pero no solo eso. Hoy presentamos la novela más esperada de su carrera.

Hace una pausa. Todo queda en silencio. La tensión en el ambiente se puede cortar y tengo que beber un poco de agua para no ahogarme con el nudo que tengo en la garganta.

—Por respeto a su intimidad, no daremos demasiados detalles personales. Pero esta noche, L. M. Dickinson deja atrás el anonimato para presentarse ante vosotras. Se ha especulado mucho y la verdad es siempre más sencilla de lo que se rumorea. Por fin vais a conocer a la persona que se esconde detrás del seudónimo. Y lo hace con un regalo bajo el brazo: su novela más íntima, más luminosa, más esperada. Señoras y señores... con vosotras, por primera vez, L. M. Dickinson.

Se apagan todas las luces.

Mi corazón da un vuelco y una náusea me atraviesa el estómago. Sé lo que viene. Y aun así, cuando se enciende el foco central y Billy aparece sobre el escenario, con la novela en la mano, me quedo sin aire.

El murmullo se convierte en un rugido.

—¿¡Es un hombre!?

—¡No me lo puedo creer!

—¡¿Pero él escribe esa maravilla?!

—¡Es guapísimo!

Las cámaras disparan flashes. El murmullo es una mezcla de sorpresa, risas, algún aplauso disperso, mucha confusión. Billy alza el libro con una sonrisa torcida. No de actor. Una sincera, de verdad.

—Bienvenido —le dice Patricia—. Ya ves cuánta expectación había, ¿verdad? No es para menos. La verdad, me siento aliviada de no tener que guardar más el secreto—ríe—. No sabéis lo que me ha

costado. Pero, bueno, no estamos aquí para hablar de mí, sino de la estrella literaria del momento. Bienvenido L. M. Dickinson.

—Hola y gracias, Patricia.

—Ahora que por fin podemos hablar contigo, ¿nos cuentas algo de ti?

—Por supuesto—. Se gira hacia el público como quien lo hace todos los días—. Gracias a todos por venir. Disculpadme, pero estoy muy nervioso. Me cuesta mucho hablar en público —lo miro sonriendo y veo que me dedica una mirada fugaz—. Durante años, he publicado bajo el nombre de L. M. Dickinson, como ya sabéis. Y pensaba que eso era suficiente. Me escudé tras las páginas, dejando que hablaran por mí, porque lo mío era contar historias mientras mi vida transcurría por otro lado. Soy guía turístico, un trabajo que me permite conocer a muchas personas con sus propias historias y me deja tiempo para escribir, que es lo que realmente me gusta.

Su voz resuena en la sala y me entra un escalofrío. Son mis palabras, pero es su voz, y ahora la escucho como lo hacen los demás: firme, seductora, con ese timbre que se te mete dentro aunque no quieras. Miro sus manos mientras sostiene el libro, la forma en que las mueve al hablar. La boca. Los ojos que, entre frase y frase, me buscan. Y yo bajo la mirada como una tonta, porque si me sigue mirando así voy a derretirme en pleno teatro.

—Pero —continúa— con cada novela publicada, para mi sorpresa, crecía también la curiosidad, la presión, las suposiciones sobre mi persona. Que si era una mujer o alguien famoso escondido tras un seudónimo. Hasta he leído que no existía. Hoy estoy aquí para ponerle rostro a esa voz. Aquí me tenéis —traga saliva—, y aunque no ha sido fácil tomar esta decisión, lo hago por las lectoras que han sentido cada palabra que he escrito como suya. Gracias por confiar en lo que escribo, incluso sin saber quién lo hacía. Gracias a Patricia por guardarme el secreto y a todos vosotros, gracias por estar aquí y haber respetado mi silencio.

Se oyen aplausos en la platea aunque yo no los escucho, solo tengo ojos para él, a quien le sonrío llena de admiración. Lo está haciendo mejor de lo que esperaba.

—Gracias, muchas gracias a ti. Pasamos al turno de preguntas. Sed breves, por favor —anuncia Patricia.

Se quita el reloj, lo deja sobre la mesa, y ese gesto tan simple me parece peligrosamente íntimo. Como si se desnudara, sin despojarse de la ropa. Como si me estuviera dejando ver una parte suya que no comparte con nadie. Me muerdo el labio. Sé que no debo mirarlo así. Esta noche no. O nunca. Pero no puedo evitarlo.

El murmullo crece. Una periodista levanta la mano, y Patricia le da paso.

—¿Por qué decidiste mantener el anonimato durante tanto tiempo?

—Porque no me sentía preparado. Escribir fue siempre un refugio. Algo íntimo. Y ponerle rostro a lo que escribía me daba miedo. Pero ahora... me alegro de haber dado el paso.

Otra mano alzada.

—¿La novela que presentas hoy es más personal que las anteriores?

Billy sonríe, ladeando la cabeza.

—Cada historia lleva una parte de mí, pero esta... quizá tiene más verdad de la que me atrevería a admitir. Aunque, como siempre, está contada a través de la ficción. No penséis que los personajes soy yo. Mi trabajo me regala muchas ideas…

Una tercera periodista.

—¿Tienes pareja? ¿Qué opinas de que tantos fans pensaran que eras mujer?

Billy se ríe con elegancia y niega con la cabeza.

—Voy a decirlo ya, para que no haya confusiones: no responderé preguntas personales. Esta noche es para la novela, no para contar mi vida privada que sigo deseando que permanezca oculta. Y sobre lo que se decía... que pensaran que era mujer es el mejor piropo que podían hacerme. ¿Quién dice que los hombres no podemos escribir romance con emoción? También sentimos y los que van de duros, ya deberían de quitarse la careta. No hay nada malo en sentir, señores.

Todos ríen y se oyen más aplausos. Al bajar el ruido, más gente levanta la mano.

—Última pregunta —dice Patricia—. Y pasamos a las firmas.

—¿Qué le dirías al lector que se enamoró de L. M. Dickinson sin saber quién eras?

Billy se queda unos segundos en silencio. Mira el libro en sus manos. Luego al público.

—Que ojalá no deje de hacerlo ahora.

Los aplausos estallan de nuevo.

Él les responde con una pequeña reverencia. Sabe que tiene al público en la palma de la mano. Patricia le entrega otro ejemplar mientras lo presenta. El título se desvela en la pantalla gigante del fondo: *«Los días que susurramos al oído».* La portada, elegante, azul tinta, con una ilustración sencilla de una mujer sentada frente a una ventana con un paisaje marítimo al fondo.

Billy presenta la historia como si la hubiera escrito, sin desvelar mucho. Habla del amor, del miedo, de las segundas oportunidades. Yo lo escucho desde el lateral del escenario, con las manos entrelazadas y los ojos húmedos. Porque lo está haciendo bien. Muy bien.

Porque es él, con su manera imperfecta, elocuente y honesta, quien está dándole alma a todo esto. Y no siento que esté robándome nada. Al contrario: me está sosteniendo.

Los aplausos son atronadores. Patricia da indicaciones a los asistentes para que se lleven una novela firmada de regalo mientras Billy se retira del escenario y se dirige a mí. Al cruzarnos entre bambalinas, su mano roza mi cintura. Un gesto casi accidental. Pero noto su calor, como si me hubiera tocado con intención. No digo nada, pero se me escapa un suspiro. Él me dedica una mirada intensa, de esas que se enredan como un lazo, y me lanza una sonrisa pequeña, como si supiera exactamente el efecto que tiene en mí. Ahora estoy atada a él, pero no puedo tocarlo.

CAPÍTULO 15
BILLY

Los minutos antes de salir al escenario se me pegan a la piel como una chaqueta dos tallas más pequeña. No sé si sudo del calor o del pánico. Me ajusto el cuello de la camisa una y otra vez, aunque ya está perfectamente colocado. Lola me mira desde su rincón, sentada con las piernas cruzadas, la espalda recta y las manos entrelazadas sobre las rodillas. Parece tranquila, pero la conozco lo suficiente para saber que está masticando cada pensamiento con la mandíbula apretada.

Estoy tan nervioso que hasta el aire me parece denso. No por hablar en público, que eso siempre se me ha dado bien, aunque hoy tenga que parecer que lo odio, sino porque esta vez no hablo como yo. Hablo como *ella*. Como la escritora. Como L. M. Dickinson. Y aunque nadie en la sala lo sabe, yo sé que no soy más que un actor con voz grave y sonrisa simpática. Solo espero no defraudarla.

Cada vez que la miro, me dan ganas de decirle: *vente conmigo, sal tú, muéstrate*. Pero no lo haré. Porque la respeto. Porque la admiro. Y porque sé que, en el fondo, le aterra dar un paso en falso y romper todo lo que ha construido en silencio.

Ella se levanta cuando me llaman para posicionarme. Se acerca solo un poco, como si no quisiera distraerme, pero me roza el brazo al pasarme una nota doblada con un par de datos sobre la novela por si me olvido. No la abro, solo la meto en el bolsillo interior de la

chaqueta como si fuera un talismán. Me basta con eso para recordar por qué estoy aquí. Me hubiera gustado un beso de ánimo, pero me contengo.

Las luces se apagan. El teatro enmudece. Y mi estómago hace una voltereta.

Sale la presentadora de la editorial y empieza a hablar de la «gran revelación». Nombra la trayectoria de L. M. Dickinson, el misterio, el fenómeno literario que ha encendido las redes, y yo intento no pensar que lo están diciendo todo por *ella*... pero soy *yo* quien tiene que salir a escena.

En cuanto piso el escenario y me ciega el primer foco, todo cambia.

Respiro. Sonrío. Y hablo.

Digo que *he* decidido mostrarme. Que ha habido demasiada presión, que la gente quiere poner cara a las historias. Y que, aunque durante años muchos creyeron que detrás de las novelas había una mujer, y puede que eso tuviera sentido para las lectoras, lo cierto es que el autor era un hombre. Que soy yo y que estas son mi voz y mi cara.

El público aplaude. Algunos murmuran. Escucho a alguien en la fila tres soltar un «¡no me lo esperaba!». Me gustaría decirles que yo tampoco me esperaba estar aquí. Pero no lo digo.

Miro hacia bambalinas y la busco. La veo de pie, en la sombra. Me observa con los brazos cruzados, pero sus ojos me calientan desde la distancia como brasas vivas. La quiero abrazar. Gritarle que no hace falta seguir fingiendo. Que se merece este escenario más que nadie. Pero solo le sostengo la mirada y trato de decirle que me siento orgulloso de ella. Finjo porque ese es nuestro pacto.

Después, viene el turno de preguntas. Y ahí sí que sudo de verdad.

Una periodista joven me pregunta si soy el autor desde el principio o si alguien me ayudó en las primeras novelas. Me mantengo firme. Digo que todo nace de una sola cabeza, sin mentir pero sin decir la verdad, porque así tiene que ser.

Otra periodista pregunta si hay inspiración personal detrás de las historias. Le respondo que toda historia nace de algún rincón de la vida, pero que lo importante no es la fuente, sino el resultado. Añado que prefiero no hablar de mi vida personal. Que no es relevante. Que lo relevante son las historias.

En algún momento, una mujer de unos cuarenta, gafas grandes y voz afilada, suelta:

—Esperábamos una autora femenina, quizá por el tono emocional de las novelas. ¿Cree que eso cambia con su aparición?

Me río, no sé muy bien cómo.

—Ojalá no. Ojalá las emociones no tuvieran género. Pero si alguna vez pensasteis que eran cosas de mujer, y ahora os sorprendéis, tal vez el problema no esté en el escritor, sino en el lector.

Se oye un «¡izasca!» por el fondo. El público aplaude y Patricia sonríe. Lola también. Y yo respiro, por fin.

Salimos del teatro sin quedarnos para el cóctel. Patricia se ha inventado que L. M. Dickinson es una persona muy reservada, casi ermitaña, y que prefiere evitar encuentros sociales. Nadie protesta. Les hemos dado tema de conversación y contenido para varios días. Y eso es lo que querían.

Vamos en coche hasta un restaurante discreto a las afueras, lejos del caos del centro de Madrid, donde esperamos que nadie nos reconozca. El editor jefe se une. Es un hombre con barriga blanda, gafas que se deslizan por la nariz y una voz que no conoce el volumen bajo. No para de hablar de ventas, de marketing, de posicionamiento y de la competencia con datos que me aburren. Yo asiento, doy la mano y sonrío. Patricia también habla, aunque con

más pausa. Es astuta. Sabe cuándo dejar caer una bomba con voz dulce. Lola no dice casi nada, pero la observo. Sé que está agotada. Nerviosa. Y que ahora mismo solo quiere una copa de vino y que todo esto pase como un mal sueño.

—Ha sido una gran presentación —dice el editor, levantando su copa de vino tinto—. Estamos muy orgullosos de ti, Guillermo.

—Gracias —respondo, y sé que Lola escucha cada palabra con una mezcla de orgullo y rabia muda. Porque ese «ti» debería ser «vosotros». Porque lo hemos hecho entre los dos. Porque ella es la voz y yo solo la cara.

Durante la cena hablamos de próximos eventos, de fechas, de entrevistas. Patricia menciona los próximos destinos: Barcelona, Valencia, Bilbao. Todo grabado. Todo retransmitido. Todo bajo control.

Yo como sin demasiado apetito. Ella apenas toca el plato. Pero cuando nuestras rodillas se rozan por accidente bajo la mesa, ella no se aparta. Y yo tampoco.

Volvemos en coche, los cuatro. El editor va delante, hablando con Patricia de estrategias digitales, como si acabaran de presentar un nuevo modelo de coche eléctrico y no una novela escrita desde la entraña. Lola y yo vamos detrás. A veces se me escapa una mirada de reojo y me cuesta no sonreír. En el teatro parecía una sombra, apartada y discreta. Ahora tiene los ojos brillantes y las mejillas encendidas, quizá por el vino, quizá por el alivio.

—¿Lo he hecho bien? —le susurro.

Ella gira el rostro hacia mí, seria.

—Lo has hecho *demasiado* bien.

No sé si es un halago, un reproche o una mezcla de los dos. Pero me hace gracia.

—¿Te da miedo que me guste el escenario?

—Me da miedo que te olvides de que es prestado.

Su tono no es duro, es honesto e irónico a la vez. Ese tipo de ironía que encierra mucha verdad y que, como cómico aficionado, conozco bien. Me gusta que sea así. Directa. Sincera. Valiente incluso desde su miedo.

—No lo olvido, Lola. Sé bien quién tiene el talento aquí.

Ella baja la mirada, pero sonríe. Y, por un instante, me pregunto si está pensando en lo mismo que yo. En cómo sería todo esto si nos atreviéramos. Si nos quitáramos no solo las máscaras, sino también la ropa, los miedos, las barreras.

Al llegar al portal, nos despedimos de Patricia y del editor, que se marchan en otra dirección. Lola y yo subimos comentando la gente famosa que hemos visto en el evento. Cuando abre, entramos en silencio, cada paso resuena más fuerte de lo normal.

—Estoy reventada —dice al entrar en casa.

—Yo también. Y hambriento otra vez —respondo, dejándome caer sobre el sofá como si fuera un superviviente de algo. Siento un terremoto en mi interior por todo lo vivido y por esos sentimientos que lucho por esconder. Tanta batalla interna me tiene agotado.

Ella se descalza en el pasillo, se desabrocha el primer botón de la blusa y se recoge el pelo con una goma que tenía en la muñeca. Ese gesto doméstico me desarma. No es una diva ni una autora inaccesible. Es Lola. La que se ríe bajito. La que se abraza a sí misma cuando algo la supera. La que me revuelve todo sin apenas tocarme.

—¿Un vaso de leche caliente con un poco de miel? Te irá bien para la garganta —me ofrece desde la cocina.

—¿Eso se considera preliminar romántico o tortura?

—Depende —dice, asomándose por la puerta con media sonrisa —. ¿Lo vas a beber en pijama?

—¿Y si digo que sí?

—Entonces es una cita fallida —responde, y vuelve al interior, donde la escucho buscar tazas y calentar la leche con el microondas.

Cuando vuelve al salón, nos sentamos en extremos opuestos del sofá. Pero poco a poco, como si algo invisible nos empujara, nos vamos acercando. Ella sube las piernas, las recoge como siempre, y sin pensarlo apoya los pies sobre mis muslos. Ya lo ha hecho otras veces. Pero hoy hay algo distinto. Quizá porque la noche pesa. O porque el aplauso aún nos retumba en el pecho. Sin que me lo pida y sin que me rechace, empiezo a darle un masaje en los pies.

—Mmmmm. Qué maravilla —dice con los ojos cerrados. Suspira y añade—: Gracias por este día.

—Gracias a ti por confiar en mí.

Nos quedamos en esa especie de limbo que nos une y nos separa a la vez. Ella con los ojos entrecerrados, yo con los dedos masajeando sus pies con delicadeza sin atreverme a más. Me dan ganas de besarla. De abrazarla. De hacerle el amor despacio, sin más luces que las del pasillo encendidas. Pero ni lo intento.

Porque estamos cansados. Porque estamos vulnerables. Y sobre todo porque Lola me importa tanto que no la quiero tocar, y romper lo que sea que tenemos.

Cuando ella bosteza, me mira con una ternura que no sé cómo sostener. Me levanto primero.

—Mañana hablaremos del siguiente paso. Pero ahora... duerme. Necesitas descansar.

—Tú también.

Voy a mi cuarto, pero antes de cerrar la puerta me giro.

—Lola.

Ella alza la mirada desde el marco de su dormitorio.

—Dime.

—Ha sido un día increíble. Pero no por la presentación. Por ti. Tu talento y todo lo que eres. Ojalá te vieras como te vemos los demás.

No dice nada. Solo asiente con los ojos y las mejillas sonrosadas.

Cierro despacio, con el corazón apretado. Esta noche la amaré, otra vez, con la imaginación.

CAPÍTULO 16

Lola

Las semanas siguientes se convierten en una sucesión de ciudades, trenes, hoteles y presentaciones que me cuesta asimilar. A veces me despierto sin saber en qué ciudad estamos. Barcelona, Sevilla, Bilbao, Zaragoza... Cada una con su ritmo, con su luz, con su gente. En todas, Billy habla con soltura, sonríe con ese carisma que arrastra a cualquiera, y yo permanezco a su lado en silencio, tomando notas, asegurándome de que todo funcione, como si de verdad fuera solo su asistente.

La editorial está encantada, los medios nos acogen con entusiasmo, y yo me siento cada vez más fuera de lugar. Lo único que me apetece es encerrarme a escribir una nueva historia de las muchas que germinan en mi cabeza.

Billy se ha convertido en un personaje. Un autor estrella que ha revolucionado el panorama literario. Nadie sospecha que todo lo que dice son mis palabras. Que las respuestas, las ideas, las historias, llevan mi firma invisible. Y él lo hace tan bien que, por momentos, me pregunto si de verdad necesita que yo siga a su lado.

Pero entonces me mira.

Cuando cree que nadie lo ve, me lanza esas miradas que me atraviesan. Cuando le aplauden, me busca con los ojos como si me pasara esos aplausos con un gesto. Y cuando se equivoca, cuando

duda, es a mí a quien busca primero. Nadie más lo nota. Pero yo sí. Yo lo veo todo.

Dormimos en habitaciones separadas. Viajamos codo con codo. Nos rozamos por accidente en los asientos del AVE. Compartimos cenas con libreros, conversaciones ligeras y silencios cómplices. No hay un solo momento que no me pese o me enrede. Lo deseo. Cada día un poco más. Pero también lo temo.

La noche en Granada me rozó el corazón. Acabamos de cenar en un patio interior, con limoneros en flor y copas a medio terminar. Al salir, Billy me sujetó la puerta, sus dedos rozaron mi espalda baja, y no hubo nada sexual en ese gesto. Solo cuidado. Protección. Pero me temblaron las piernas igual. Le dije buenas noches muy deprisa. Me encerré en el baño y me quedé mirando mi reflejo, con las lágrimas a punto de brotar y el deseo cosquilleando en mi sexo. Estaba perdida.

Y él lo notó. Al día siguiente, me trajo un café sin que se lo pidiera y un *macarron* de chocolate para endulzar los nervios, según me dijo. Le sonreí. Casi lloro.

Ahora estamos en Valencia, nuestro último destino. La presentación ha sido un éxito. Un salón con ventanales que dan al mar en el Hotel Las Arenas, una mesa larga con cubiertas blancas, un grupo de lectoras entregado que, estoy segura, desearían acabar en la cama con él. Billy ha estado brillante. El público lo adora. Pero cuando nos quedamos solos, en la habitación del hotel, el ambiente cambia.

No hay nada que preparar esa noche. No quedan entrevistas, ni cenas, ni notas de prensa en la agenda. Solo nosotros. En habitaciones contiguas. Con las puertas demasiado cerca.

Me tumbo en la cama, con el corazón en un puño. No quiero pensar. Cojo el móvil para contarle a Lady Rose cómo ha ido todo, pero no llego ni a buscar su contacto. Alguien golpea la puerta con suavidad.

—Soy yo.

Abro y la luz del pasillo entra de lleno a la habitación como un camino iluminado para la estrella del momento. Billy lleva una camiseta vieja, el pelo revuelto y una botella de vino en la mano.

—Pensé que podríamos brindar. Por el final del *tour* y haber sobrevivido. Por ti.

Sonrío y le dejo pasar con el corazón hecho un puño. Es todo un detalle. Nos sentamos en el suelo, junto a la ventana, desde donde podemos ver la estela que la luna deja sobre el mar. Abre la botella con torpeza, con un sacacorchos rudimentario que no sé de dónde ha sacado, y al final la destapa con un truco que ha aprendido en algún bar húngaro. Reímos. Brindamos. Bebemos directamente de la botella.

Y el silencio se instala entre nosotros. Un silencio distinto, cargado de una tensión que se me agarra al pecho.

—Lo estás haciendo muy bien —le digo para cortar esa tensión.

—Porque te tengo cerca. Todo esto es tuyo. Yo solo soy el vehículo para que puedas llegar a la gente.

—No, creo que no me necesitas. Tu forma de ser lo llena todo.

—No digas eso, Lola. Eres mi única verdad en medio de este teatro que hemos creado juntos. Somos las dos partes necesarias para que funcione. Al menos tú, a mí me puedes sustituir, aunque no encontrarás a nadie con mi carisma —bromea.

Lo miro. Muy cerca. Demasiado cerca.

—A veces me siento invisible porque tú lo llenas todo.

—Y yo a veces me siento un gran impostor, porque lo soy. Una cosa es inventar historias y otra hacer mía la tuya propia. Dudo constantemente de si te estoy haciendo bien.

La botella queda a un lado. Nuestros cuerpos están prácticamente pegados mientras hablamos. Podría rozar su pierna. Podría

apoyarme en su pecho. Pero no lo hago. Porque si lo hago, no habrá vuelta atrás. Alzo la mirada y veo la suya ardiendo de deseo.

—No podemos —susurro.

—Ya lo sé.

Y entonces me toca, pero no con las manos. Me toca con la voz.

—Si supieras las veces que he querido besarte...

Está tan cerca que su aliento me acaricia los labios. Es como si ya me estuviera besando.

Se me encoge la garganta.

—No lo hagas, Billy. Esto... esto puede complicarlo todo.

—Ya está complicado.

Me mira con esos ojos que no juegan. Que no piden sexo. Que no piden nada. Solo verdad. Nos hemos desnudado por dentro sin haberlo hecho por fuera y nuestros cuerpos reclaman lo que desean, pero no les hemos dado todavía.

Y lo beso.

No sé quién se lanza primero. No sé si soy yo o él. Solo sé que nuestras bocas se buscan como si lo hubieran hecho toda la vida. Que sus manos me envuelven con delicadeza. Que mi cuerpo se entrega sin miedo. Que no hay prisa. Que no hay ruido. Solo somos nosotros, deseándonos, sin caretas. El calor de su cuerpo diluye mis pensamientos, sus músculos se tensan ante mis caricias por debajo de su camiseta y gruñe, bajito, sacándome una sonrisa que atrapa con otro beso.

Nos amamos con la calma de quienes han esperado con paciencia. Con la ternura de quienes saben que el corazón está en juego. Con la pasión de quienes han callado demasiado tiempo.

Y cuando despertamos, pegados el uno al otro, con las sábanas enredadas entre los pies, yo solo puedo pensar en una cosa: Billy se ha colado por cada uno de mis poros y ya va a ser difícil vivir sin él.

¿Qué pasará ahora? ¿Qué voy a hacer? Esto no está en la agenda editorial, la vida no es una novela y siento que me falta el aire, que el suelo que piso ya no es firme y que, sin duda, lo amo con locura.

CAPÍTULO 17
BILLY

Me he pasado toda la mañana dando vueltas en la cama. Literalmente. El cuerpo me pedía descanso, pero la cabeza no dejaba de repetir la misma escena en bucle: su puerta. Su silueta. El momento exacto en el que me levanté, descalzo, y fui hasta su habitación con el vino que había comprado por si acaso.

Sabía que si llamaba y entraba, todo podía cambiar. Para bien o para mal. Sabía que podía perderlo todo: el acuerdo, el trabajo, la posibilidad de seguir siendo la cara de un éxito que ni siquiera me pertenece. Pero no me importó.

Porque la quiero. Y ese deseo me ha calado tan hondo que ya no podía fingir más.

Golpeé la puerta con los nudillos, suave. Ella tardó en abrir. Vestía una camiseta de algodón, el pelo recogido y una expresión de sorpresa que me hizo temblar. Le mostré la botella y le dije que nos debíamos una celebración. Entré, cerré tras de mí y la rodeé con los brazos. Su cuerpo encajó en el mío como si siempre hubiera estado esperando ese abrazo. Y luego vino lo otro. El deseo, la ternura, las ganas de conocer cada rincón de su piel. No fue solo sexo lo que tuvimos. Fue una entrega lenta y honda, un dormir abrazados que duró hasta bien entrado el día siguiente.

Al volver a Madrid, nos espera una reunión en la editorial. Patricia está exultante. Nos recibe con una sonrisa radiante y el editor jefe nos da la enhorabuena por el éxito de la primera gira de presentación. Todo ha salido mejor de lo previsto.

Lo que no esperaba es el aluvión de mensajes en el móvil. Docenas de amigos, conocidos, excompañeros del instituto, de la uni, de Budapest... Todos felicitándome por mi «carrera secreta» como escritor, que nadie se imaginaba. Si ellos supieran... Algunos me mandan *selfies* con el libro, otros me dicen que siempre supieron que había algo más en mí. Y yo solo puedo pensar en una cosa: estoy mintiendo. Estoy viviendo una mentira tan bien construida que empieza a parecer verdad. Y eso me remueve. ¿Voy a vivir el resto de mi vida en una vida que no me pertenece?

Cuando salimos de la reunión, caminamos en silencio hasta la calle. Lola va a mi lado, con su *tablet* en la mano y el abrigo al brazo. Me mira de reojo.

—Parecías triste —dice, sin rodeos.

—¿Tú crees?

—Sí, no siento esa energía que desbordas siempre, estás…, como mustio. ¿Te pasa algo?

—Bueno, la verdad es que no me siento bien del todo —respondo —. ¿Te acuerdas de lo que hablamos, sobre echar de menos?

Afirma con un gesto de la cabeza y noto como su vista se nubla un poco.

—Echo de menos Budapest. Pero no solo eso. Echo de menos vivir mi vida sin tantas reglas y un calendario estricto. Tener una verdad propia. Esto... esto es un trabajo, sí. Y me encanta. Pero, no sé. Es una sensación extraña, como si siempre fuera a ser como una sombra.

Ella se detiene. Nos quedamos frente a frente, a dos pasos del portal.

—Lo entiendo. De verdad que sí. Sabía que esto podía pasar. Que podías cansarte y darte cuenta de que toda esta exposición es insana. Lo había previsto, en serio. Así que, si eso es lo que te ocurre, no pasa nada. Vuelve a tu vida. Cuando saque otra novela, ya veremos si te interesa volver a ser la imagen de L. M. Dickinson o no.

—Lola...

—No pasa nada, Billy, de verdad. El sexo estuvo bien. No me arrepiento. Pero sé cómo eres. No eres de los que se quedan. Y no quiero que esto se vuelva una carga para ti. Puedes vivir sin mí. Y yo también puedo vivir sin ti.

Y entonces, sin darme tiempo a responder, se gira y abre el portal.

Entro tras ella, con las manos heladas y la garganta atascada por las cosas que no he dicho. Voy directo al baño, cierro la puerta y apoyo las manos en la pared. Siento que el mundo gira más rápido de lo que puedo aguantar. Y lloro. No mucho. Pero lo suficiente como para saber que no es por la mentira, ni por la fama. Es por ella. Lo que oprime mi corazón es amarla, desearla y no tenerla.

Cuando salgo, Lola está en el salón, sentada en el sofá con el móvil en la mano. Hace *scroll* por las redes sociales en las que etiquetan a L. M. Diclkinson y que se han llenado de mi cara. Me acerco sin hablar y me siento frente a ella.

—Lola, por favor, escúchame. Puede que seas tímida, mucho, pero no eres cobarde. Eres fuerte. Y brillante. Y tienes un talento enorme. No lo escondas más. No te escondas más.

Mi voz suena fuerte, decidida. No quiero parecer enfadado, aunque algo de ira siento dentro de mí, me la guardo disfrazada de impotencia. Ella me mira, sin pestañear.

—Puedes ser amada, Lola. Mucho. Incluso por un bala perdida como yo.

Traga saliva. No dice nada. Y yo tampoco espero respuesta.

—Me vuelvo a Budapest. Mi trabajo me espera —digo al fin.

Ella asiente. Y yo me encierro en la habitación, porque si sigo mirándola un minuto más, me quedaré para siempre.

CAPÍTULO 18

Lola

No he dormido.

La noche entera se ha ido deshaciendo en mi pecho como un pañuelo de papel mojado. He intentado leer, escuchar música, incluso poner una película para anestesiar los pensamientos que inundaban mi cabeza, pero no he conseguido nada. Solo mirar al techo, en silencio, con el cuerpo ardiendo de tantas ganas de él y el alma hecha un ovillo.

Varias veces he estado a punto de levantarme. De ir hasta su habitación, abrir la puerta sin permiso y meterme en su cama. Rozarle la piel con los labios, besarle detrás de la oreja, lamerle el cuello hasta hacerlo gemir, montarme sobre él con todo el deseo que me consume. No porque me sienta sola, sino porque lo amo. Porque me mata la idea de que piense que no lo quiero.

Pero no he ido y no por falta de deseo, sino porque me odio a mí misma por tener tanto miedo. Porque soy una cobarde disfrazada de tímida, y él me ha calado desde el principio. Porque escribo sobre el amor y lo entiendo mejor que nadie, pero no me atrevo a vivirlo. Porque me resulta más fácil desnudarme en una novela que ante los ojos de un hombre que de verdad me mira.

Lloro. Lloro de rabia. De ternura. De impotencia. De todas esas emociones que me ahogan en cuanto dejo de fingir que soy fuerte.

Porque en el fondo solo quiero eso: alguien que me abrace en medio de este desastre y no me pida que sea valiente.

El amanecer me alcanza con los ojos abiertos y húmedos. La casa estaba en silencio hasta hace unos segundos. Billy se ha levantado y los sonidos me dicen que está recogiendo sus cosas. Su vuelo sale a media mañana. Buscó el billete cuando se encerró en su cuarto y me lo ha dicho por mensaje para no despertarme.

Escucho su presencia con la desesperación de quien sabe que está a punto de perder algo irrecuperable. Yo me muevo inquieta, con prisas, pero no salgo. A la media hora, más o menos, llama a la puerta con los nudillos.

Me limpio la cara con la manga. Estoy aún en pijama, despeinada, con los ojos hinchados y el alma desbordada. Camino hasta la puerta con el corazón en la garganta.

Abro con todo el cuerpo temblando y ahí está. La cara de Billy… es un poema. Tiene los ojos rojos, no sé si de no dormir, de llorar o de ambos. Va con la mochila al hombro y la mirada clavada en mis ojos. Pero cuando se fija en el espacio detrás de mí, cambia por un gesto de sorpresa y frunce el ceño.

—¿Has hecho la maleta?

—Sí.

—¿Pero, por qué? ¿Adónde vas? —pregunta sin tapujos.

Tardo un segundo en contestar. Pero no bajo la mirada. Quiero ser valiente. Se lo debo y me lo debo.

—Me voy contigo —respondo.

Billy parpadea, sin saber si ha oído bien. No dice nada, así que doy un paso hacia él.

—Si me quieres a tu lado, claro —añado—. Me voy contigo.

Su respiración se detiene por un instante. Luego le tiembla la boca, como si quisiera decir algo y no supiera por dónde empezar.

Me mira como si no me reconociera. O tal vez como si por fin me viera entera, sin disfraces, sin excusas.

—¿Estás segura? —musita.

—Nunca, ya lo sabes. Pero no quiero seguir huyendo de lo único que me ha hecho sentir viva en mucho tiempo.

Nos miramos a los ojos y nos respiramos lo suficientemente cerca para que el aire se llene de electricidad y evapore los sentimientos que duelen cuando no se dicen.

Y, entonces, Billy deja caer la mochila al suelo. Me rodea la cara con las manos y me besa. He pasado toda la noche soñando con este instante, desde que saqué el billete en el mismo vuelo que él y preparé la maleta. Siento que por fin puedo dejar de luchar conmigo misma.

Sonrío satisfecha y dejo que me bese, que me abrace, que me recoja.

Porque sí, me da miedo todo lo que viene. Pero hay una parte de mí que grita que no lo deje escapar. Mi refugio puede estar en Budapest, ese destino que no elegí y que me ha dado los mejores momentos de mi vida.

Porque esta historia, nuestra historia, no puede terminar con un portazo.

EPÍLOGO

Lola

Vivimos en Budapest.

A veces, cuando salimos a pasear por las orillas del Danubio al atardecer y veo cómo las luces de los puentes se encienden una a una, tengo que detenerme y respirar hondo. No porque me falte el aire, sino porque todavía me cuesta creer que esta vida, esta, sea nuestra.

Hicimos ese viaje pensando que sería temporal, y todavía no hemos encontrado el momento de volver a Madrid. Solo vamos cuando tenemos algún evento, disfrutamos de los amigos y de la familia, y en cuanto podemos, regresamos a Budapest, donde está nuestro hogar.

A las semanas de estar aquí, lo vimos claro. Llamamos a Patricia y, tras hablarlo con los abogados, nos dio el ok: hemos creado una sociedad. Literalmente.

L. M. Dickinson, Sociedad Creativa**.** Así se llama. Porque de alguna forma, convertirnos en dos caras de una misma historia nos ha devuelto la paz. Ya no hay secretos. No hay impostura. No soy solo la escritora tímida que se esconde, ni él solo el guía carismático que pone la voz. Somos dos patas del mismo puente. Dos partes necesarias para que la historia camine.

Yo escribo. Él sigue guiando rutas, pero ya no en turnos nocturnos. Ahora trabaja por las mañanas, con grupos pequeños que agradecen su humor y su calidez. Por las tardes vuelve a casa y, casi siempre, me cuenta algo que ha oído o vivido. Una anécdota, una frase, una persona. Y yo, por si acaso, lo anoto. Nunca se sabe qué chispa puede encender una nueva novela.

Él hace los directos en Instagram, las entrevistas, los vídeos que promocionan las historias. Y lo hace con una pasión que me sigue dejando sin palabras. Como si de verdad creyera que este invento es tan suyo como mío. Y lo es. Lo es porque no sabría caminar ya sin su fe en mí.

En España se nos ve cada vez que hay presentaciones, firmas, programas de televisión. Allí somos una pequeña celebridad. Pero en Budapest... en Budapest somos casi invisibles. Solo unos pocos nos reconocen. Y los que lo hacen, no dicen nada. Nos dejan vivir en esta burbuja extraña, cálida y llena de amor, que hemos tejido con paciencia.

Nos damos los buenos días con besos en los párpados. Hacemos la compra en mercados de barrio, reímos en idiomas que no son nuestros, discutimos por cosas pequeñas y luego nos perdonamos como si el mundo dependiera de ello. Hay tardes que caminamos de la mano por calles empedradas, sin decir nada. Sosteniéndonos. Amándonos.

Esta no es una historia de máscaras. Ni una historia de escapar de los miedos.

Es una historia de elegir.

Y yo te elijo a ti, Billy. Una y otra vez. En todas y cada una de mis páginas.

❤️📗❤️📗❤️📗❤️📗❤️📗❤️📗❤️📗❤️📗❤️

Si te ha gustado te agradeceré que dejes tu reseña en Amazon y me ayudes con este gesto a llegar a más lectoras. Dejo aquí el QR por si el Kindle no te lleva a la página:



GRACIAS

NOTA DE LADY ROSE,
AUTORA DE LA SERIE DESTINO

He disfrutado con la historia de Lola, a quien conozco desde hace años y ha sido alumna y amiga. Su coartada en la editorial Aurora era ser mi correctora, así que nuestro trabajo siempre ha estado ligado. Su excesiva timidez le ha hecho pasar muy amos momentos y encontrar a Billy tan opuesto a ella y a la vez encajando tan bien, ha sido lo mejor que le ha podido pasar. Porque son un equipo y eso, en una relación, se nota.

Espero que los juegos del destino que les ha unido forjen una relación duradera.

Te espero en la siguiente entrega de la serie Destino.

Las tienes todas aquí:

GRACIAS enormes por llegar hasta aquí en esta nueva aventura.

Espero que sigas leyendo el resto de historias de Lady Rose y las mías.

Estaré encantada de que viajemos juntas a través de las palabras y del amor que se entreteje con ellas.

Con amor,

Diana de Brea Alias, Lady Rose

Sobre la autora

Diana de Brea es una autora española de novela y relatos románticos y *feelgood* cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas.

Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontrarás en Instagram:

https://www.instagram.com/diana_de_brea/

Otros títulos de Diana de Brea

Serie ***Más que amor***
Un viaje a lo que fuimos
Luz y Candela
La hija del silencio

Serie ***El lago de Breatown***
Donde brillas las estrellas
El Refugio del Lago
La luna dibuja tu nombre

Serie ***Amor a la italiana***
Il mio cuore
La mia passione

Colección de relatos ***Amor Infinito*** junto a Carlota Martinelli

Serie ***Romance en Escocia***
Otoño en Escocia
Invierno en Escocia
Primavera en Escocia
Verano en Escocia
Tú, mi lugar favorito (Otoño en Escocia II)

Las novelas independientes
Mereces un amor
La mentira que te trajo a mí

Serie ***Destino*** **by Lady Rose**
Destino Nueva York
Destino Highlander
Destino Champions
Destino París
Destino Navidad
Destino Budapest

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:
https://amzn.to/3NdLjIm



